5587

EL TEATRO
MODERNO

M. TAMAYO Y BAUS

LOS HOMBRES DE BIEN

21

EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS URIARTE

M. Tamayo y Baus

LOS HOMBRES DE BIEN

DRAMA EN TRES ACTOS

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO VII 28 - III - 1931 NÚM. 288

REPARTO

en el estreno de la obra, representada en Madrid, en el teatro de Lope de Rueda (Circo de Paúl), el 17 de diciembre de 1870, a beneficio de don Antonio Vico.

PERSONAJES	ACTORES
Don Lorenzo de Velasco...	*Sr. Parreño.*
El conde de Boltaña...	» *Fidel López.*
Juanito Esquivel...	» *García (J.).*
Leandro Quiroga...	» *Reig.*
Damián Ortiz...	» *Vico.*
Adelaida...	*Srta. Castro.*
Andrea...	» *Mendoza Tenorio.*

ACTO PRIMERO

Sala baja de una casa de campo; dos puertas a cada lado de la escena; dos grandes rejas en el foro, por las cuales se ve el campo; muebles elegantes.

ESCENA I

Don Lorenzo, el conde y *Juanito.*

(Entran por la segunda puerta de la derecha, con traje de campo.)

LOREN. Entren ustedes por aquí ¡Voto va! No hay placer como el que llega de repente.

CONDE ¿Nos suponía usted capaces de faltar a lo convenido?

LOREN. No; pero no les aguardaba a ustedes precisamente hoy. *(Siéntanse los tres.)*

JUANI. ¿Y Adelaida?

LOREN. Se levanta más tarde, y como hace un poco de «toilette»... Ni en campos ni en desiertos abdicará nunca mi hija su cetro de reina de la moda. Conque ¿de veras no quieren ustedes descansar un rato? Las habitaciones están preparadas.

JUANI. Ca, no, señor. Anoche dormimos en Irún, y ya ve usted que desde Irún hasta aquí...

LOREN. Sí, dos horas de coche.

CONDE Está admirablemente situada esta posesión.

LOREN. Creo haber hecho una buena compra, y aquí he de pasarme tres o cuatro meses todos los años. Conque son ustedes míos hasta fin de julio, por lo menos.

CONDE ¿Y nuestros baños?

LOREN. Tiempo queda.

677088

JUANI. Sería abusar.

LOREN. Al contrario, hacerme favor. Espero que han de pasarlo ustedes bien. Para los que, como nosotros, aborrecemos el tráfago del mundo, ¡es tan agradable esta paz, esta soledad!... En los veinte días que llevo aquí, fuera de la gente de casa, no he visto más que a mis vecinos, el paralítico y su hija.

CONDE ¿Un paralítico?

LOREN. Sí, el dueño de una casita muy humilde, poco distante de la mía. Es la única habitación que hay en estos alrededores, y también la quise adquirir; pero el hombre se negó rotundamente a desprenderse de su nido. ¿Adónde había de ir a parar con sus huesos un infeliz privado de todo movimiento? Por lo mismo, tampoco nos causa molestia alguna. Es persona muy atenta y afable. Parece que se dedicaba al comercio, cuando una gran desdicha y su enfermedad le dejaron sin blanca, y hace diez años que vive ahí en la mayor miseria, solo con Andrea, su hija. ¡Una criatura celestial! Ella lo hace todo en la casa: barrer, guisar, lavar..., en fin, todo. Y cuidar a su padre, al cual tiene que llevar de una parte a otra en una especie de carretón, y hasta que ponerle el pan en la boca. ¡Y cómo le cuida! ¡Con qué agrado y ternura! Como se cuida a un niño de pecho. En un desierto únicamente se ven hoy estas cosas.

CONDE Cierto que ya se encuentra poco de eso en el mundo.

LOREN. ¡Calla! Juanito, se le han saltado a usted las lágrimas.

JUANI. *(Enjugándose los ojos con el pañuelo.)* ¿Qué quiere usted? ¡Soy tan sensible! En oyendo referir algo tierno..., a pesar mío, se me llenan de agua los ojos.

CONDE ¡Dichoso usted, que en nada se parece a la mayor parte de los jóvenes de su edad!

JUANI. A los consejos de usted lo debo, señor conde. ¡Usted sí que es bueno!

LOREN. Los dos son ustedes modelo de honradez, de...
CONDE ¡Modelo usted, señor don Lorenzo!
JUANI. Señor don Lorenzo, ¿qué mejor modelo que usted?
LOREN. *(Al conde, con tono muy declamatorio, poniéndose en pie.)* La verdad es que uno se diferencia bastante de la generalidad de los hombres, entregados hoy en cuerpo y alma al demonio. ¡Ay, amigo mío, ¡qué mundo!
CONDE *(También con mucho énfasis y levantándose.)* ¡Qué sociedad!
JUANI. *(Como los otros dos.)* ¡Qué siglo!
LOREN. ¡Rotos los vínculos de la familia!
CONDE ¡Destruídos los cimientos del Estado!
JUANI. ¡Hecha sistema la impiedad!
LOREN. ¡Corrupción y desorden en todas las clases!
CONDE ¡Los bribones dominándolo todo!
JUANI. ¡Y en tanto, los hombres de bien!...
LOREN. *(Saca un cigarro de papel de la petaca y enciende un fósforo.)* ¡Para nosotros, los desdenes!
CONDE *(Saca una caja de rapé.)* ¡Los malos tratamientos!
JUANI. *(Saca un cucurucho de caramelos de uno de los bolsillos del traje.)* ¡La verdadera esclavitud!
LOREN. *(Con trágico acento, dejándose caer en la silla y encendiendo el cigarro.)* ¡Qué escándalo!
CONDE *(Con tono muy grave, sentándose y tomando un polvo de rapé.)* ¡Qué desdicha!
JUANI. *(Con tono lacrimoso, cayendo de golpe en su asiento y echándose un caramelo en la boca. En este momento se ve por las rejas del foro a Andrea, que cruza el campo de derecha a izquierda, con un cantarillo de agua debajo del brazo.)* ¡Qué abominación!
LOREN. *(Señalando a las rejas.)* ¡Ah, miren ustedes! Por ahí va la hija del paralítico. *(El conde y Juanito se levantan.)*
CONDE ¿Es aquélla?
JUANI. *(Santiguándose.)* ¡Ave María Purísima, y qué linda es!
LOREN. ¡Divina! ¡Una cara de Concepción de Murillo! *(Vese ahora a Damián cruzar el campo de izquierda*

a derecha. Salúdanse Andrea y él, y cada cual desaparece por su lado.)

CONDE Y ese cojito que viene hacia aquí y la saluda, ¿quién es?

LOREN. *(Levantándose.)* Oh, ese es mi escribiente, mi secretario, mi mayordomo... ¿qué sé yo? Una preciosa adquisición que hice pocos días antes de salir de Madrid.

CONDE ¡Calla! Si no estuviera cojo, diría...

LOREN. ¿Qué?

CONDE Sí; es Ortiz.

JUANI. El mismo: Damián Ortiz.

LOREN. ¿Le conocen ustedes? Me alegro. Yo le conocí cuando todavía era un niño, en casa de don Esteban Samaniego, militar honradísimo, íntimo amigo de su padre y mío también, y desde entonces he seguido tratándole con la mayor intimidad. ¡Un muchacho excelente!

CONDE ¡Oh, inestimable!

JUANI. ¡Oh, no tiene par!

LOREN. Eso sí, algo raro.

CONDE Sí, bastante raro.

JUANI. Sí, muy raro.

LOREN. Figúrense ustedes que, pocos meses después de morir su padre, se halló aquel mismo Samaniego con que le habían robado cinco mil duros de la caja del regimiento que tenía a su cargo. ¿Quién dirán ustedes que fué el ladrón?

JUANI. ¿Quién?

LOREN. ¡Su propio hijo!

CONDE ¡Si los crímenes que hoy día se ven!...

JUANI. *(Enterneciéndose.)* ¡Pobrecito! ¡Válgame Dios!

LOREN. Desesperado y casi demente, acudió a mí pidiéndome prestada aquella cantidad. Yo soy muy rico, cierto; su aflición me partía el alma; pero ya se ve..., ¡un préstamo de cien mil reales, sin garantías!...

CONDE ¡Sopla!

JUANI. ¡Caracoles!

LOREN. Pues Damián, para sacarle del apuro, malvendió una casita que era todo su patrimonio, quedándose a perecer, sin un maravedí. Hemos de convenir

en que las más nobles acciones, si no están reguladas por la prudencia...

CONDE Algunos hechos que parecen muy heroicos no son, en resumidas cuentas, más que simples calaveradas.

JUANI. El Evangelio quiere que uno ame al prójimo como a sí mismo, pero no más.

LOREN. ¡Claro!

CONDE Yo le traté en las oficinas de «La Maravilla del Siglo», donde a duras penas obtuvo un destinillo de ocho mil reales. Ya se sabe lo que, por regla general, son las Sociedades de crédito.

LOREN. Sí, reuniones de unos cuantos pillos que cobran, y de muchos tontos que pagan. De todas las invenciones de nuestro siglo, ninguna tan maravillosa como la del robo hecho pacíficamente de común acuerdo entre el robador y el robado.

JUANI. ¡Si ya hay mucha gente que roba de buena fe, y no es posible distinguir a un caballero de un ladrón!

CONDE Cierto, corriente; pero ello es que el Consejo de Administración de «La Maravilla» se componía de un general, de un magistrado, de un diputado, de un banquero, de otros así y de mí. Me parece que yo..., ¿eh?

LOREN. ¡Oh, usted!...

JUANI. Ya lo creo; ¡usted!...

CONDE Y todos callábamos; todos hacíamos la vista gorda, porque a veces...

LOREN. Sin duda; hay que transigir.

JUANI. Y llevar con paciencia las flaquezas del prójimo.

CONDE Y que aun los títulos de Castilla, si tenemos hijos... ¡Yo tengo cinco hijos!

LOREN. ¡Y qué bien criados!

JUANI. ¡Qué monos los pequeños!

CONDE ¡Angelitos! Pues bien; como ese caballero andante no tiene hijos, en cuanto se hubo enterado de los gatuperios de la Sociedad, armó un escándalo y tiró el empleo por la ventana.

LOREN. Si le digo a usted que es una cabeza de chorlito.

JUANI. ¿Y qué valen esas quijotadas en comparación de

la que dió por resultado su cojera, y que sólo yo presencié, por mi mala ventura?

LOREN. ¿Conque presenció usted el lance?

CONDE ¿Y qué fué?

JUANI. Al entrar una noche en la Carrera de San Francisco, donde tienen ustedes su casa, vi un mozo y un viejo, ambos de chaqueta, y que el primero se lanzaba al segundo navaja en mano.

CONDE ¡Bueno va estando el pueblo!

LOREN. ¡Se le predica la rebeldía, la inmoralidad!...

JUANI. Me indigné, y cerrando los ojos...

LOREN. ¿Se fué usted al agresor?

JUANI. No: me puse a rezar un Padrenuestro para que Dios le iluminase; cuando en esto llega a la carrera ese Ortiz sin arma ninguna y cubre al viejo con su cuerpo.

CONDE ¡Qué atrocidad! ¡Sin armas!

LOREN. ¡Es mucho Damián!

CONDE ¿No llevaba ni siquiera un revólver?

JUANI. ¡Toma! Si hubiera llevado un cañón, ya el caso era distinto. Sucedió lo que no podía menos de suceder: aquel energúmeno le atravesó un muslo con la navaja.

LOREN. Lástima que todo lo que hace ese chico se resienta de falta de previsión.

CONDE No hay que darle vueltas: es loco.

JUANI. Echaron los otros a correr; y yo, viéndome solo con un hombre tendido en tierra...

LOREN. ¿Se acercó usted a él?

CONDE Para darle auxilio, ¿verdad?

JUANI. Ese fué mi primer impulso, porque, como tengo tan buen corazón... Pero caí en la cuenta de que si estaba muerto, y la Policía me encontraba a su lado...

CONDE ¡Tiene usted razón!

LOREN. ¡Podía usted haberlo pasado mal!

JUANI. ¡Vaya! Conque también yo eché a correr y me encerré en casita, llorando a lágrima viva por aquel infeliz.

LOREN. Pero no se puede negar que todas sus calaveradas provienen de excesiva honradez. Es muy honrado.

JUANI. Y muy entendido. ¿No vieron ustedes su drama?

CONDE ¿También es poeta? *(Con tono de desdén.)* Yo no.
LOREN. Yo tampoco.
JUANI. Un drama histórico..., muy largo..., muy triste... *(Como reprobándolo.)* ¡Oh, dicen que es muy bueno!... ¡Y lo que es moral!... No se hizo más que dos o tres noches.
LOREN. Las obras serias no llaman ya gente al teatro.
CONDE Ya no gusta más que el género bufo.
JUANI. Las chocarrerías, las indecencias.
CONDE ¡Y hay maridos que llevan a sus mujeres a ver esas obras!
LOREN. ¡Y padres que llevan a sus hijas!
JUANI. ¿Han visto ustedes la última bufonada?
CONDE Yo sí, tres veces.
LOREN. Y yo cuatro.
CONDE Mi mujer no quiere más que ópera o esas tonterías.
LOREN. Mi hija tampoco.
JUANI. No, y que algunas cosas no dejan de tener gracia.
CONDE Y la música suele ser muy bonita.
LOREN. ¡Oh, la música de Offenbach!
JUANI. Aquello de «La gran Duquesa»: «Que duerma, pues, el general.» *(Cantando.)*
LOREN. ¡Oh, sí, sí! *(Con mucha alegría. Cógense los*
CONDE *tres del brazo, y cantan, remedando los ademanes con que esto se canta en el teatro.)*
LOS TRES «Que duerma, pues,
el general.»
LOREN. Pues, ¿y aquello de «Barba Azul»?...
CONDE ¡Ah, sí! «Yo soy Barba Azul»... *(Cantando.)*
LOREN.
JUANI. ¡Sí, sí!
LOS TRES *(Poniéndose en jarras y remedando también los ademanes con que esto se canta en el teatro.)*
«Yo soy Barba Azul, ¡chipé!
Un buen viudo y un gran pez.»
LOREN. Pero a vueltas de alguna gracia y de algún trozo de música medianilla, cuánta sandez y cuánta inmoralidad! *(Sacando la petaca.)*
CONDE ¡Y en un país civilizado se permiten espectáculos semejantes! *(Sacando la caja de rapé.)*
JUANI. ¡Si ya los hombres de bien no podemos ir a

parte ninguna! *(Saca el cucurucho de caramelos.)*

LOREN. ¡Qué escándalo! *(Sentándose y encendiendo el cigarro.)*

CONDE ¡Qué desdicha! *(Sentándose también y tomando un polvo de rapé.)*

JUANI. ¡Qué abominación! *(Tomando asiento y echándose un caramelo a la boca.)*

ESCENA II

Dichos y *Damián.*

(Entra por la puerta del segundo término de la derecha, con el sombrero en la mano.)

DAM. ¡Ah! *(Deteniéndose.)* Creí que estaba usted solo.

LOREN Adelante, Damián. Estos señores son conocidos de usted.

DAM. Sí, en efecto...

CONDE ¿Va bien, señor Ortiz? *(Sin levantarse ni alargarle la mano.)*

JUANI. ¿Está usted bueno? *(Como el conde.)*

DAM. Bien. ¿Y ustedes? *(Sin acercarse a ellos.)*

CONDE El señor Ortiz sabe que puede contar con nuestro afecto. *(Como vendiéndole protección.)*

DAM. Gracias. *(Sonriéndose.)*

JUANI. Y si en algo le podemos ser útiles...

DAM. Gracias.

LOREN. ¿Ha salido ya de su cuarto el señor Quiroga?

DAM. Ahora acaba de salir.

CONDE ¿Quiroga?

JUANI. ¿Leandro Quiroga?

CONDE ¿Está aquí?

LOREN. ¿No se lo había dicho a ustedes? Iba a Francia, pero se detuvo en Irún para hacerme una visita; le invité, por mera fórmula, a pasar unos cuantos días conmigo; me cogió la palabra, y ahí le tienen ustedes.

CONDE Qué buena alhaja, ¿eh?

LOREN. Dígamelo usted a mí. Quiso mi mala estrella que cinco años ha, hiciésemos juntos la travesía de

Cádiz a Puerto Rico, y, a pesar mío, tuve que contraer con él relaciones de íntima amistad. Yo iba a negocios, y él iba empleado.

JUANI. ¿Y es verdad que volvió a España bajo partida de registro?

LOREN. ¡Vaya si es verdad!

JUANI. Y cuando volvió, ¿qué le hicieron?

CONDE Le hicieron oficial de Secretaría, gobernador, director...

DAM. *(Con gravedad irónica.)* Y siguió robando tan serio.

LOREN. Pero nada le basta. *(Dirigiéndose al conde y a Juanito.)* Hace ya mucho tiempo que está entrampado hasta los ojos. Sin embargo, vive como un príncipe. Abono en los teatros, juego, francachelas, queridas, caballos, coche... ¡Y dicen que en nuestra época no hay milagros. ¿Qué mayor milagro que gastar sin tener?

DAM. Eso consiste en que la piedra filosofal, buscada en vano por los alquimistas, ha sido al fin hallada por los tramposos: la piedra filosofal es el dinero ajeno.

CONDE Yo le cobré odio cuando sedujo a la señora de Bustamante.

JUANI. Yo no le puedo mirar sin espanto desde que mató en desafío al pobre Ramírez.

CONDE *(Levantándose.)* ¡Y que un hombre así esté bien mirado en el mundo!

JUANI. *(Levantándose también.)* ¡Mejor que nosotros!

CONDE ¿Cómo se puede explicar eso?

DAM. Muy fácilmente. En cada época hay un tipo de moda: el poeta, el filósofo, el soldado, el fraile, el caballero... Y ahora el tunante es el último figurín.

CONDE ¡Cierto; muy bien dicho!

JUANI. ¡Y Quiroga es modelo en su género!

LOREN. ¡Oh, pues si ustedes supieran lo que yo!..

CONDE ¿Qué?

JUANI.

LOREN. Le he ofrecido callarlo.

CONDE Con lo que nadie ignora bastaba para enviarle a presidio.

JUANI. Y a la horca también.
LOREN. Es un desalmado.
CONDE ¡Un pillete!
JUANI. ¡Un monstruo!

ESCENA III

Dichos y *Quiroga.*

QUIRO. *(Entra por la puerta de la derecha, sin sombrero.)* ¡Hola, hola, cuánto bueno por aquí! *(Al oír su voz dan un respingo los tres hombres de bien.)*
LOREN. ¡Hola, buen mozo! *(Yendo hacia él y estrechándole una mano con extraordinaria afabilidad.)* ¡Gracias a Dios que se le ve a usted, perezosillo!
JUANI. ¡Oh, señor don Leandro!... *(Yendo también hacia él apresuradamente y cogiéndole una mano con las dos suyas.)*
CONDE ¡Amigo mío! *(Yendo también hacia él y abrazándole con viva efusión. Damián los contempla con risa burlona, y luego da señales de indignación y enfado.)*
QUIRO. Conde... Esquivel... *(Saludándolos.)*
LOREN. Me han cumplido su palabra, y nos acompañarán unos días.
QUIRO. Sí, ¿eh? (Maldita sea vuestra estampa!)
CONDE ¡Y cuánto nos hemos alegrado al saber que estaba usted aquí!
JUANI. Eso decíamos al señor don Lorenzo: donde esté Quiroguita, por fuerza ha de pasarlo uno bien.
QUIRO. (Si lograra espantarlos y que se fueran cuanto antes...) Pero el que va a pasarlo muy mal con ustedes cuatro soy yo.
JUANI. ¿Eh?
CONDE ¿Cómo?
QUIRO. Los cuatro son ustedes íntimos amigos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y yo he cortado relaciones con esos caballeros.
LOREN. ¡Ja, ja! ¡Qué cosas tiene este Quiroga! *(Riéndole la gracia.)*

CONDE ¡Ja, ja! ¡Tiene unas salidas! *(Lo mismo.)*

JUANI. ¡Ja, ja! ¡Lo dice todo con tanto donaire! *(Lo mismo. Damián se manifiesta impaciente y exasperado.)*

QUIRO. No me intimido, sin embargo. Yo les haré ver a ustedes que es gran simpleza seguir hoy creyendo en esas antiguallas.

LOREN. En dejándole a él hablar...

JUANI. ¡Tiene un pico!...

CONDE ¡De oro!

DAM. Dios, en efecto, va poniéndose muy antiguo. Si a lo menos quisiera vestirse con algún sastre de París...

LOREN. No, Damián; eso no. Le prohibo a usted hablar de religión ni de política. Aquí hemos venido buscando la paz, y...

QUIRO. Déjele usted que defienda sus opiniones. El amigo Ortiz, sin echarla de santo, es quizá de todos ustedes el creyente más fervoroso. Cree en la otra vida. *(Con risa burlona.)*

DAM. Esta me parece poca vida para mi alma.

QUIRO. Cree en el alma, según oyen ustedes. *(Riéndose más.)*

DAM. Un caballo es, sin duda, hermoso animal; con fatuidad indisculpable, me considero yo algo superior a un caballo.

LOREN. Ea, Damián, ya he dicho que...

QUIRO. Y hasta oye misa; y tal vez confiese y comulgue.

DAM. ¡Vaya! Tengo la flaqueza de ser esclavo de Dios, y la arrogancia de no serlo de nadie más.

LOREN. ¡Dale, machaca! *(Con mayor enojo.)* ¿Quiere usted callarse, por los clavos de Cristo?

QUIRO. Se continuará. Nadie es elocuente en ayunas. Voy a tomar el chocolate.

LOREN. ¿Y ustedes, no quieren tomar algo?

CONDE Tampoco me vendrá mal a mí un chocolatillo.

JUANI. Ni a mí; con el aire de la mañana...

QUIRO. Vengan ustedes conmigo. (Los he de aburrir.) Después daremos una vuelta por el campo, si no temen ustedes contaminarse con la compañía de un réprobo.

CONDE Su compañía de usted nos honrará mucho.

JUANI. ¡Si yo tengo flaco por usted!

QUIRO. Hasta luego, Lorencito mío. *(Haciendo una fiesta en la cara a don Lorenzo, el cual sonríe embobado.)* Salud al noble paladín de la fe de nuestros mayores. *(A Damián, en tono de burla.)*

CONDE ¡Bravo, bravo! ¡Ja, ja! (¡Qué tío!)

JUANI. ¡Ja, ja! ¡Bravo! (¡Qué perro!)

QUIRO. ¡En marcha! *(Dirígese a la puerta de la derecha de primer término, tarareando una canción guerrera. El conde y Juanito le siguen, tarareando como él.)* Pasen ustedes. *(Deteniéndose cerca de la puerta. para cederles el paso.)*

CONDE ¡No faltaba más!

JUANI. Usted debe ser el primero en todo.

QUIRO. Adelante. *(Sale tarareando, y detrás de él los otros dos, tarareando también.)*

ESCENA IV

Don Lorenzo y *Damián.*

LOREN. ¡Esto no se puede aguantar! *(Paseando muy agitado por la escena.)* ¡Aunque sólo mirara que se halla en casa ajena! Pero ¡ca! ¡No respeta nada!

DAM. Señor don Lorenzo. *(Como tomando una resolución.)*

LOREN. ¿Qué? *(Sin detenerse.)*

DAM. Para aceptar la colocación que tuvo usted la bondad de ofrecerme, puse una condición nada más: la de que había de serme lícito decir todo lo que se me viniese a la lengua.

LOREN. ¿Y a qué recordarme tan a menudo esa dichosa condición? *(Deteniéndose a su lado.)* ¿No oigo yo siempre con placer todo lo que a usted se le antoja decirme? ¿No le trato a usted como a un hijo? ¡El tal Quiroga!... *(Consigo mismo, paseándose de nuevo muy exasperado.)*

DAM. Sí, señor; todo eso es verdad, y yo se lo agradezco a usted infinito; pero...

LOREN. Pero ¿qué? *(Con enfado, deteniéndose otra vez.)*

DAM. Mil veces me he propuesto cambiar de genio, y no tomarme frío ni calor por las cosas del mundo; pero... vamos, no lo puedo evitar; en viendo algo que no me guste, o trino o reviento.

LOREN. ¡Pues trine usted! ¿Quién diablos se lo impide? ¿No trino yo también? *(Sigue paseándose, y de vez en cuando se detiene para responder a Damián.)*

DAM. Pues señor, ¡a trinar! Ese caballerito es un grandísimo tunante.

LOREN. ¡Noticia fresca!

DAM. Y usted..., ¡usted es amigo de un tunante!

LOREN. ¡Bah! ¿Quién no tiene amigos así?

DAM. Usted le obsequia, usted le adula, usted le mima...

LOREN. Pues si tratando bien a los pillos siempre acaban por hacer de las suyas, ¿qué sería si uno les tratase mal?

DAM. Usted le ha metido en su propia casa.

LOREN. Yo le ofrecí... La buena educación...

DAM. La mala, querrá usted decir. No es de buena, sino de malísima educación, alternar con gente perdida. Usted se irrita si delante de él sostengo opiniones y creencias que son las de usted. *(Don Lorenzo deja de pasear.)*

LOREN. Lo hago para evitar que se enrede la discusión, y él, a su vez, nos suelte una andanada de blasfemias y de herejías.

DAM. El dice blasfemias y herejías, y usted, o no contesta, o le ríe la gracia.

LOREN. Exasperándole diría más. Ya se ve: usted es muy joven todavía; tiene la sangre muy caliente...

DAM. Sí, señor: conservo la facultad de indignarme en tiempos en que nadie se indigna. Pero créalo usted: el no indignarse, en los individuos, como en los pueblos, es la señal más evidente de estar envilecidos.

LOREN. Por eso mismo, justamente; porque la sociedad está envilecida, es inútil dar coces contra el aguijón y hay que tener prudencia.

DAM. ¡Prudencia! Muy señora mía.

LOREN. La prudencia, amiguito, es una de las virtudes cardinales.

DAM. Sí, cuando es aquella virtud que enseña a discernir el bien del mal para seguir el uno y huír del otro; no cuando es, como sucede con frecuencia, la esposa aparente del bien y la poco disfrazada concubina del mal; no cuando es hipócrita escudo del indiferentismo o la máscara ruin de la cobardía.

LOREN. Pero hombre de Dios, ¿qué quiere usted que uno haga?

DAM. Luchar. El amor al bien no puede ser platónico.

LOREN. Luchar inútilmente. El mundo es víctima de otra irrupción de bárbaros.

DAM. No, señor; ahora la irrupción no es de bárbaros: es de tunos.

LOREN. ¿Y quién puede con ellos?

DAM. Mire usted: el síntoma funesto de las sociedades modernas no es que en ellas haya tunantes; siempre los ha habido. El síntoma funesto es que no haya hombres de bien.

LOREN. ¡Qué exageración!

DAM. Sí; hombres de bien vergonzantes, que ni siquiera se atreven a serlo a cara descubierta; que, rechazando con espanto el papel de actores, aceptan gustosos el de cómplices en las obras de iniquidad. Entre el bárbaro asesino y el vil que le guarda las espaldas, entre el verdugo y su ayudante, me quedo sin ninguno. La excepción confirma la regla: no lo dude usted, ya no hay más que bribones.

LOREN. ¡Allá va eso!

DAM. Bribones activos y pasivos: unos que hacen y otros que dejan hacer.

LOREN. Usted, por lo visto, quisiera que los hombres de bien fuésemos otros tantos Quijotes, consagrados a romper lanzas con todo el mundo.

DAM. Quisiera no ver, de un lado, celo y entusiasmo en los partidarios del mal, y de otro lado, en los del bien, apatía y miedo. ¡Oh! Son tan cobardes los hombres de bien que ahora se estilan, que no parece sino que el miedo es compañero

inseparable de la virtud, o que nadie se mete a bueno sino cuando no se atreve a ser malo.

LOREN. Usted sueña con imposibles. La profesión de ciertas ideas lleva consigo el amor de la paz.

DAM. ¿Quién la disfruta menos que esos infelices, que no sólo temen los riesgos positivos, sino también los imaginarios; que de todo se asustan, aun de tener razón; que, empeñándose en estar bien con todo el mundo, con nadie logran estar bien, ni consigo mismos? ¡Oh! Si de uno de estos dos inmensos bandos que constituyen hoy la mayoría de la sociedad, malvados capaces de todo y hombres de bien incapaces de nada; si de los unos o los otros es lícito esperar algo bueno, espérese de aquellos que siquiera tienen fe en el mal: ¡nada puede esperarse de los que en nada tienen fe! Ardiente enemigo de Jesús, cuando frenético de rabia le perseguía, cae a tierra adorándole, y es el Apóstol de las gentes; los hombres de bien han tomado como modelo a Pilato, y para los Pilatos no hay redención.

ESCENA V

Dichos y *Adelaida.*

ADEL. *(Con traje elegante de campo, entra por la puerta de primer término de la derecha. Trae un libro en la mano.)* (¡Ni una sola mirada!) *(Acércase a una de las rejas y mira hacia fuera atentamente. Quiroga, el Conde y Juanito cruzan por el campo de derecha a izquierda. Damián se retira a uno de los ángulos del proscenio.)*

LOREN. ¿No das los buenos días, muchacha?

ADEL. Buenos días. *(Desdeñosamente, volviendo apenas la cabeza.)*

LOREN. ¡Oye! Te has compuesto más temprano que de ordinario.

ADEL. Como tenemos huéspedes...

LOREN. Sí; el conde de Boltaña y Juanito Esquivel.

ADEL. Ya he hablado con ellos. ¡Qué par de fastidiosos!

LOREN. ¿No sabías que iban a venir? ¡Todo te fastidia! De algún tiempo a esta parte no se puede contigo. ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

ADEL. Nada. Abur. *(Dirigiéndose a la puerta de la derecha.)*

LOREN. Eh, quieta. *(Deteniéndola con afabilidad.)* No sea usted fuguillas.

ADEL. ¿He de seguir oyendo majaderías delante de un extraño?

LOREN. ¿Un extraño?

DAM. Yo. *(Dirigiéndose hacia una de las puertas de la derecha.)*

LOREN. No se vaya usted, Damián. *(Damián sigue andando.)* Que no se vaya usted. *(Deteniéndole. Damián se retira al ángulo derecho del proscenio.)*

ADEL. Yo soy quien se va.

LOREN. Ni tú. *(Sujetándola.)*

ADEL. ¡Ay, qué pesadez! *(Damián, durante toda esta escena, dará señales de impaciencia e indignación, andando, sentándose, llevándose una mano a la frente y mirando alternativamente a don Lorenzo con expresión de burla, de lástima y de ira.)*

LOREN. Pero, mujer, ¿es posible que un padre tan bueno como yo?...

ADEL. Bien... Déjame.

LOREN. ¿No merece mejor pago mi cariño, mi ternura, mi...?

ADEL. ¡Ay, papá; no, por Dios, no te pongas sensible!

LOREN. He aquí el fruto de la educación que se da a los jóvenes hoy día. *(En su tono declamatorio habitual, separándose de Adelaida.)* Tratan a sus padres como a iguales. ¿Qué digo como a iguales? Como a inferiores.

ADEL. Esto va para largo. *(Se sienta en un sofá que habrá entre las dos puertas de la izquierda, y lee en el libro que tiene abierto en la mano.)*

LOREN. ¡Qué hijos!

DAM. ¡Qué padres! *(Bajo a don Lorenzo, en el mismo tono que él.)*

LOREN. Los padres no podemos ir contra el mundo. El mundo ridiculiza la autoridad del padre y aplaude la rebeldía del hijo.

ADEL. Si no hablaras tan alto, me enteraría yo mejor de lo que estoy leyendo.

LOREN. ¿Y a qué tanto leer? ¡Si usted supiera lo que esta criatura tiene leído! Obras en francés, en inglés, en italiano... Como sabe todas las lenguas conocidas... Y no crea usted, cosas muy formales: literatura, política, historia... Hombre, si una vez se leyó de cabo a rabo la historia universal de César Cantú. ¿Y qué estás leyendo ahora, vamos a ver? *(Acercándose a ella.)*

ADEL. Un libro.

LOREN. Contestá. Alguna vez se ha de hacer lo que yo mando. ¿De qué trata ese libro?

ADEL. De lo que no te importa.

LOREN. Dímelo. ¡Mira que si no me lo dices!... *(Con tono amenazador.)*

ADEL. ¿Qué? *(Con mucha calma y sonrisa irónica.)*

LOREN. Lo veré yo.

ADEL. Ea, bueno; míralo tú. *(Cerrando el libro y alargando desdeñosamente la mano, como para que su padre venga a cogerlo. Don Lorenzo va hacia ella, toma el libro y lo abre por la primera página.)*

DAM. (¡En mi vida he deseado ser padre hasta ahora!)

LOREN. ¡Dios mío! ¡Damián! ¡Dios me valga! ¿Sabe usted lo que está leyendo esta criatura?

DAM. Como usted no lo diga...

LOREN. La vida de Jesús, por Renán.

ADEL. ¿Y qué?

LOREN. ¿De dónde has sacado ese libro?

ADEL. Me lo ha dado Quiroga.

LOREN. ¡Quiroga! ¿Ve usted esto, Damián?

DAM. Sí, señor, que lo veo.

LOREN. ¡Dar un libro así a una muchacha!

ADEL. Recuerda que tengo ya veinticinco años cumplidos.

LOREN. ¡Cuando tú lo vuelvas a pillar!

ADEL. Supongo que no querrás quedarte con lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Ya sabes que el libro es de Quiroga.

LOREN. Yo se lo daré a él.

ADEL. Y él me lo volverá a dar a mí.

LOREN. Le diré yo que no te lo vuelva a dar.
ADEL. Le diré yo lo contrario, y ya verás cómo hace más caso de mí que de ti.
LOREN. De fijo.
ADEL. Y cuando sepa esto, se reirá muy lindamente.
LOREN. Se reirá. ¡Vaya si se reirá!
ADEL. Lo mejor es que no te empeñes en quitármelo. Yo estoy en mi derecho, y tú, no.
LOREN. A ver, a ver, ¿qué quiere decir eso?
ADEL. Que un padre no tiene derecho a tiranizar la razón de sus hijos.
LOREN. Señor, ¿adónde vamos a parar?
ADEL. Conque trae. *(Quitándole el libro de la mano con mucha calma. Vuelve a sentarse y sigue leyendo.)*
LOREN. ¡Esto es hecho! Ya no hay respeto, ni obediencia, ni... Castigue Dios a todo el que tenga la culpa.
DAM. *(Bajo a don Lorenzo, acercándose a él sin poder contenerse.)* ¡Pobre de usted si Dios le oyese!
LOREN. *(Muy exasperado.)* Pero ¿qué diablo quiere usted que yo haga?
DAM. Antes podía usted haber hecho una cosa.
LOREN. ¿Cuál?
DAM. Educar mejor a su hija.
LOREN. ¡Me gusta! Mi hija se ha educado en Inglaterra. Es el portento de Madrid.
DAM. Con efecto: sabe cuanto hay que saber, menos... *(Andrea cruza el campo de izquierda a derecha.)*
LOREN. ¿Menos qué?
DAM. Nada: menos respetar a su padre.
LOREN. ¡Ya! ¿Usted querría que la hubiese criado al estilo antiguo, dando que reír a la gente, verdad? ¡Ni quién había de figurarse!... Y ahora, ahora, ¿qué puedo hacer?
DAM. Ahora puede usted hacer otra cosa.
LOREN. *(Con ansiedad.)* ¿Cuál? Sepamos.
DAM. Romperle una silla en la cabeza.
LOREN. *(Muy exasperado.)* Mire usted que no estoy para bromas.
DAM. *(En el mismo tono que don Lorenzo.)* Ni yo.

ESCENA VI

Dichos y *Andrea*

ANDR. *(Asomándose a la puerta de segundo término de la derecha.)* ¿Se puede entrar?

DAM. Es Andrea.

LOREN. Adelante.

ADEL. (¡Ella aquí!)

ANDR. Dios guarde a ustedes, señores y señora.

LOREN. Buenos días, chiquita.

ANDR. Vengo... porque mi padre me ha mandado venir.

DAM. No te turbes. Ya sabes que el señor don Lorenzo te quiere mucho.

ANDR. Ya lo sé; y también que es muy bueno.

LOREN. Gracias. ¿Y qué quiere tu padre?

ANDR. Quiere... que le diga a usted una cosa; pero me da tanta vergüenza!

ADEL. (¿Qué será?)

LOREN. (¿Vendrá a pedir?)

DAM. Habla sin miedo.

ANDR. *(A Damián.)* Bien. Estése usted a mi lado. *(A don Lorenzo.)* Pues mi padre me ha mandado venir a decirle a usted... *(Tapándose la cara con el delantal.)* ¡Qué vergüenza me da!

ADEL. *(Con aspereza.)* Ea, despacha o vete.

ANDR.
DAM. *(Andrea, con susto y pena. Damián, con indignación que difícilmente reprime.)* ¡Oh!

LOREN. *(A su hija, en tono de reconvención.)* ¡Mujer!

ANDR. *(Llorando.)* ¡Ay, señorita, no se enfade usted conmigo, por Dios!

LOREN. No se enfada, no; sino que...

ANDR. Bien veo que estoy cansando a ustedes, pero... En fin, allá va. *(Como haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma.)* Pues ha de saber usted que ese caballero que está aquí..., ese que es tan buen mozo... *(Adelaida hace un movimiento involuntario y dirige a Andrea una mirada de fa-*

ror.) (¡ Oh ! ¡ Qué miradas me echa la señorita !) *(Con susto.)*

LOREN. (¿A dónde irá a parar?)

DAM. Sigue, hija mía.

ANDR. Ese...

LOREN. Bien ; Quiroga.

ANDR. Así creo que se llama ; el señor Quiroga. Pues al día siguiente de su llegada se encontró conmigo en el campo, y me dijo... que era muy bonita.

LOREN. *(Sonriéndose.)* ¡ Oiga !

DAM. (¡ Pillastre !)

ADEL. *(Con ansiedad.)* ¿Y tú qué le dijiste a él?

ANDR. Yo, nada. Cuando alguno me ve al pasar por aquí, suele decirme : «Vaya una cara de cielo que tienes, criatura», o «Dios bendiga tus ojos, muchacha», o así ; y yo saludo, agradeciendo la buena voluntad, y me quedo tan serena y alegre. *(Con ingenuidad candorosa.)* Cuando ese otro se acercó a mí, tuve miedo ; cuando me miró, cerré los ojos ; cuando me habló, eché a correr. Y entré en casa corriendo. Y mi padre me dijo : «¿Por qué vienes tan de prisa, muchacha?» Y yo le respondí : «Porque dejé la comida a la lumbre». «¿Por qué vienes tan colorada?» «Porque hoy el sol calienta mucho.» Mire usted : por éstas, que antes nunca había yo engañado a mi padre. *(Poniendo las manos en cruz y llorando.)*

DAM. Sosiégate.

LOREN. (No me llega la camisa al cuerpo.)

ADEL. (¿Le querrá ella? ¿Le querrá?) *(Maquinalmente rasga una hoja del libro que tiene en la mano.)*

ANDR. Después le volví a encontrar muchas veces. Yo, al verle, siempre huía ; él se empeñaba en alcanzarme. Logrólo al fin, y sujetándome por una mano, dijo que me quería y que yo había de quererle a él bien a bien o por fuerza. Quedé como difunta, sin poder hablar, ni moverme, ni respirar siquiera. Entonces pasó usted por allí cerca sin vernos. *(A Damián.)* Me dejó. ¡ Cuántas bendiciones le eché a usted aquel día !

LOREN. ¡ Cuidado con el hombre !

DAM. *(Con vivo interés.)* Sigue.

ADEL. *(Con impaciencia y encono.)* ¿No oyes? Que sigas.

ANDR. Siempre que yo volvía a casa, mi padre me observaba con atención, y cada día iba poniéndose más triste. Las horas muertas nos pasábamos en silencio, mirándome él como nunca me había mirado, mirando yo al suelo sin pestañear. Mi padre, que apenas tiene vida en el cuerpo, tiene, al parecer, más vida que nadie en el alma. Sentado en su carretón, ve lo que sucede fuera del alcance de sus ojos, le mira a uno a la cara y le ve el corazón. No se rían ustedes; mi padre es adivino. Todo lo había adivinado mi padre; nada se atrevía a decirme. Sabía yo que él lo sabía todo; no me atrevía a decirle nada.

DAM. Pero ya se lo habrás dicho, ¿verdad?

ANDR. Estaba ayer tarde a la puerta de casa, recogiendo la ropa que por la mañana había tendido al sol, cuando de repente sentí oprimido mi cuerpo. El señor Quiroga me tenía abrazada. Grité sin poderlo evitar. «¿Qué es eso?», dijo desde dentro y casi al mismo tiempo mi padre. Se me cuajó la sangre de espanto. No sabía qué responder. «¿Qué es eso?», gritó de nuevo mi padre con voz muy ronca y alterada. Y sin saber yo qué decir, dije: «Nada, un bicho que me he encontrado encima». Y seguí forcejeando en silencio para desprenderme de aquellos brazos que me oprimían y abrasaban como si fueran de hierro encendido. «Volveré esta noche; aguárdame», decía él; y yo, muy bajito: «Suélteme usted, por caridad»; y mi padre, con voz que ya no parecía la suya: «¿Quién está ahí? ¡Andrea! ¡Andrea!». Y aquel hombre me cogió la cabeza con una mano, y fué acercando por fuerza mi cara a la suya, y no pude ya contenerme, y empecé a gritar: «¡Padre! ¡Padre!». ¡Le llamaba, cuando el infeliz no puede moverse! ¿A quién había de llamar? *(Con arrebato de dolor.)*

LOREN. ¡Bribón!

DAM. ¡Infame!

ADEL. ¡Acaba!

ANDR. Acercó mi cara a la suya, y... ¡Yo no lo quisiera decir! *(En la mayor aflicción.)* ¡Mi padre me ha mandado decirlo! Y... ¡Ay Dios de mi vida, no fué mía la culpa!

ADEL. ¿Qué? ¡Dilo!

ANDR. ¡Me dió un beso en la boca! *(Con terror.)*

ADEL. ¡Oh! *(Se levanta, arrancando algunas hojas del libro.)*

LOREN. ¡Si es el diablo en persona!

DAM. El agravio da mayor brillo a tu pureza.

ANDR. Entré en casa. ¡Reina de los ángeles! ¡Mi padre estaba en pie! ¡En pie! ¡Diez años ha que no le había visto moverse! Luego cayó de golpe, desmayado, en el carretón, y del carretón al suelo. ¡Creí que se moría! Volvió en sí; tuve que contárselo todo; hasta lo más pequeño. Cuando ya nada tenía que decir, seguía él preguntando. Su rostro, a cada palabra mía, tomaba diferente color; despedían llamas sus ojos; temblaba de pies a cabeza; el dolor y la rabia le cambiaron de modo que, turbada yo y sin darme cueta de lo que hacía, hube de mirarle un momento con atención para convencerme de que era mi padre. Llegó la noche. «Cierra esa puerta; cierra bien.» Obedecí. «Ven acá; más cerca, más cerca.» Obedecí. «Dame una mano; aprieta; no sueltes.» Obedecí. «¡Aquí, *Leal!*» *Leal* es nuestro perro. Y lo dijo de modo que *Leal* dió un rugido y vino de un salto a nuestro lado. «¡Defiéndela tú; yo no puedo!» Entonces lloró. ¡Lloraba a mares! ¡Yo no sabía que se pudiese llorar tanto! «Reza.» Rezamos un rosario, y otro después, y luego otro. Se quedó inmóvil y mudo con la vista fija en la puerta. Miraba *Leal* hacia donde su amo. Yo, a mi Virgen de los Dolores. Al más leve rumor que sonaba fuera, mi padre se estremecía violentamente, y *Leal* erguía la cabeza, gruñendo. ¡Así hemos pasado la noche!

DAM. Ya lo ve usted: hay que tomar una resolución tan pronta como enérgica.

LOREN. ¡El Quiroga y su alma!

ADEL. ¡Dile que es un malvado, el más vil de los hombres!

DAM. Bendígala a usted el cielo, señorita, por esa noble indignación.

ANDR. Sí; ampárenme ustedes; eso quiere mi padre: que alguien me defienda. Ya saben ustedes cómo está. Si me ve abandonada, la pena de no poderme defender le quitará la vida. Ay, tal vez ya... No, yo no quiero que mi padre de mi alma se muera. Conque le diré que ustedes... ¡Qué contento se va a poner! Y yo..., yo, si vivo cien años, cien años rezaré por ustedes todos los días. ¡Dios se lo pague a usted, señor! *(Besando una mano a don Lorenzo con viva emoción.)* Y a usted, señorito. *(Corre hacia Damián y le estrecha las manos.)* Y a usted... *(Va hacia Adelaida, la cual le dirige una mirada de odio y rencor que la hace detenerse como sobrecogida de espanto.)* (¡Qué mirada!) Conque me defenderán ustedes, ¿verdad? *(Andando hacia atrás, y de cuando en cuando mira con recelo a Adelaida, que no aparta de ella la vista.)* (¡No me quita lo sojos!) Por mí, no; por el pobrecito baldado. (¡Qué modo de mirarme! ¡Jesús!) *(Vase corriendo, llena de terror, por la puerta de segundo término de la derecha.)*

ESCENA VII

Don Lorenzo, Damián y Adelaida.

LOREN. ¡Nada respetan los inicuos! ¡Ni la inocencia sin amparo! ¡Ni la ancianidad desvalida! *(Dando paseos por la escena, sumamente agitado.)*

DAM. A usted le toca defenderlas.

ADEL. (¡Ese hombre me perderá!) *(Con acento de desesperación. Asómase a una de las rejas del foro. Andrea cruza el campo de derecha a izquierda.)*

LOREN. Sí; es preciso hablar a Quiroga.

DAM. ¡Es preciso arrojarle al punto de aquí!

LOREN. ¿Eh? ¿Qué dice usted? *(Manifestando sorpresa y terror.)*

DAM. Unicamente así podrá evitarse un atentado. En estos alrededores no hay habitación ninguna; él no se ha de quedar en el campo; se irá, olvidará a la pobre niña...

LOREN. ¡Echar de mi casa a Quiroga! ¿Y cómo se hace eso?

DAM. Echándole.

LOREN. ¿Y si no se quiere ir?

DAM. Se le echa por fuerza.

LOREN. ¡Ave María purísima!

DAM. ¿No somos cuatro contra él?

LOREN. ¡Cuarto hombres de bien contra un tunante!

DAM. ¡Vive Dios que los cien gallegos que se dejaron robar porque iban solos tenían a quien parecerse: a los hombres de bien!

LOREN. Usted todo lo saca de quicio. ¡Le hablaré! ¡Vaya si le hablaré!

DAM. ¿Y cree usted que le hará caso?

LOREN. ¡Maldito! *(El Conde y Juanito cruzan por el campo, de izquierda a derecha, haciendo grandes aspavientos y como si hablasen acaloradamente el uno con el otro.)* Si él se ha propuesto deshonrar a esa niña...

DAM. ¿Usted dejará que la deshonre?

LOREN. Y matar a ese anciano...

DAM. ¡Usted dejará que le mate!

LOREN. Y hacernos reventar a todos de un sofocón...

DAM. ¿Usted consentirá que todos seamos juguete de un malvado?

LOREN. ¡Dale! ¡Yo no soy Don Quijote!

DAM. ¡Ni Sancho Panza tan siquiera!

LOREN. Yo me lavo las manos.

DAM. Lo que antes decíamos: también se lavó las manos Pilato; ¡y no hay manos más sucias que aquellas manos tan lavadas!

ESCENA VIII

Dichos, el Conde y Juanito.

(El Conde y Juanito entran por la puerta de segundo término de la derecha, dando muestras de indignación y enfado.)

CONDE ¡Esto es por demás!

JUANI. ¡Vaya con el señor Quiroga!

LOREN. ¿Quiroga? *(Yendo hacia ellos.)*

DAM.
ADEL. ¿Qué? *(Acercándose a ellos también.)*

CONDE Durante el paseo nos ha comunicado su propósito de... *(Conteniéndose por estar delante Adelaida.)* Pues... de enamorar a la hija del paralítico.

LOREN. Sí; ya sabíamos las intenciones de ese Barrabás.

JUANI. Pues al volver aquí...

CONDE Nos la hemos hallado en el camino.

DAM. ¿Y qué? *(Todo el diálogo, hasta el final de este acto, debe ser rapidísimo.)*

ADEL. ¿Qué?

JUANI. En cuanto ella le vió, echó a correr.

CONDE Y él detrás.

DAM.
ADEL. ¡Oh!

LOREN. ¡Dios nos la depare buena!

CONDE ¡Y la infeliz iba dando unos alaridos!

JUANI. ¡Como si la persiguiese el demonio!

DAM. ¿Y ustedes?... *(Con indignación y rabia.)*

CONDE ¡Nosotros nos hemos venido escandalizados! *(Con mucho énfasis.)*

JUANI. ¡Horripilados! *(Con énfasis todavía mayor, enterneciéndose.)*

DAM. ¡Oh! *(Dirigiéndose hacia el foro.)*

LOREN. ¡No se comprometa usted! *(Deteniéndole.)*

CONDE ¡Mire usted que ese hombre!...

JUANI. ¡Si se llega a enfadar!...

DAM. ¡Suelte usted! *(A don Lorenzo, desprendiéndose de él.)* ¡Paso! *(Al Conde y Juanito.)* ¿Villanía

les parece a ustedes dañar al desvalido? Pues no defenderle pudiendo, ¡también es villanía! *(Vase precipitadamente por la puerta de segundo término de la derecha.)*

ESCENA IX

Don Lorenzo, el Conde, Juanito y *Adelaida.*

(Adelaida va a una de las rejas, y asida con una mano a los hierros, mira hacia fuera con ansiedad hasta el final del acto. Don Lorenzo, el Conde y Juanito pasean aceleradamente por el escenario en encontradas direcciones, manifestándose muy agitados y hablan con tono aún más enfático y declamatorio que de costumbre. Se ve cruzar por el campo a Damián, sin sombrero, y andando tan de prisa como su cojera se lo permite.)

LOREN. ¡Seducir a una criatura inocente!
JUANI. ¡Unico sostén de un padre enfermo y viejo! *(Llorando.)*
CONDE ¡Atropellar toda ley humana y divina!
ADEL. (¡Capaz me siento de matarle!)
LOREN. ¡El mundo está perdido!
CONDE ¡La sociedad sucumbe!
JUANI. ¡Llegaron los tiempos del Antecristo!
LOREN. ¡Qué escándalo! *(Dejándose caer en una silla, a la izquierda, y sacando la petaca.)*
CONDE ¡Qué desdicha! *(Sentándose, a la derecha, y sacando la caja de rapé.)*
JUANI. ¡Qué abominación! *(Tomando también asiento, separado de los otros dos, y sacando el cucurucho de los caramelos.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I

El conde, Juanito, y después *don Lorenzo.*

JUANI. ¡Buena está la paz que don Lorenzo nos prometía! ¡En el campo, en un desierto, como quien dice, hallar estos belenes!

CONDE No queda ya rincón de tierra hasta donde no se haya extendido la plaga de los tunos.

JUANI. La peor de todas las conocidas.

CONDE ¡Me río yo de las moscas y las ranas de Egipto!

LOREN. ¡Día fatal! ¡Qué día! *(Entrando por la primera puerta de la derecha.)*

JUANI. ¿Está peor esa muchacha?

LOREN. No; se le va calmando la convulsión; va desapareciendo el terror que la dominaba; ya no chilla ni... Pero se ha quedado como alelada, en un estado de postración que da miedo. Me ahorcaría de mejor gana que lo digo.

CONDE ¡Esta gente del campo toma tanto cariño a los animales!

JUANI. No me hubiera yo llevado menor susto que Andrea. ¡Matarle su perro! El señor Quiroga no tiene entrañas.

LOREN. Pero si la chica se acongojó, allá en su casa que la hubieran sufrido. Y no que Damián, para que su padre no la vea con la pataleta, sin encomendarse a Dios ni al diablo, la trae aquí y nos hace cargar a nosotros con el mochuelo. ¡Ay, qué Damián de mis pecados! Créanlo ustedes: las personas demasiado buenas son insufribles.

JUANI. Lo que es yo, le voy cobrando miedo. Si parece que come víboras y que bebe aguarrás.

CONDE Y ¡qué insolente! Nos trata como a iguales. ¡Yo

no sé adónde vamos a parar con el espíritu democrático de este siglo!

LOREN. En fin—vean ustedes—ya se la lleva a su casa. *(Señalando a las rejas del foro, por las cuales se ve pasar de derecha a izquierda a Damián y Andrea. Esta va apoyada en aquél.)* ¡Gracias a Dios! Pues ¿y Quiroga? ¿Y Quiroga? *(Con enojo.)*

JUANI. Quiroga tiene por oficio el escándalo. Hoy el escándalo es un oficio como otro cualquiera.

CONDE Mejor que otro cualquiera.

LOREN. ¡Buen susto se ha llevado mi pobre hija!

JUANI. No ha sido para menos el lance.

LOREN. Y ¿por qué he de tolerar yo que un belitre con sus desórdenes...? Además, algo hay que hacer es favor de Andrea; hay que evitar la desdicha que la amenaza.

CONDE ¿Quién lo duda? Nuestra obligación es amparar a la inocencia.

JUANI. Para estas ocasiones son los hombres de bien.

LOREN. ¿Conque les parece a ustedes conveniente que le hable gordo?

CONDE Sí, señor; a mí me parece conveniente que le hable usted gordo.

JUANI. Todo lo gordo que usted quiera.

LOREN. Pero ayúdenme ustedes.

CONDE Yo, cuando llega el caso, bien que guardando cierta regla y medida, sé decir cuatro frescas al lucero del alba.

JUANI. Mire usted: a mí rara vez se me hinchan las narices; pero en llegándoseme a hinchar...

ESCENA II

Dichos y *Quiroga.*

(Aparece y detiénese en la primera puerta de la derecha, con sombrero y bastón.)

LOREN. Convenido: en cuanto el señor Quiroga se nos ponga delante, firme con él. *(Quiroga se habrá ido acercando a ellos sin que le sientan.)*

QUIRO. Pues me pongo detrás. *(Poniéndose a espaldas de los otros.)*

LOREN.
CONDE ¡Oh! *(Estremeciéndose.)*
JUANI.

CONDE (¡Qué bromas tan pesadas!)

JUANI. (¡Es gusto hacerle a uno dar repullos!)

QUIRO. Conque decían ustedes que... ¡firme en él!

LOREN. Venga usted acá, demoniejo: ¿por qué ha matado usted al perro de Andrea?

QUIRO. Porque el perro de Andrea se empeñaba en averiguar a qué saben mis pantorrillas.

LOREN. ¡Si usted no hubiera perseguido a su ama!

QUIRO. Bah, no faltaba más sino que los perros se metieran en lo que no les va ni les viene. Miren ustedes el cuerpo del delito. *(Desnudando el estoque de su bastón.)*

LOREN. Guarde usted eso.

QUIRO. En París lo compré: ¡una alhaja! *(Esgrimiendo el estoque.)*

CONDE Frío siento de verlo.

JUANI. Yo frío y calor.

QUIRO. El perro acometiéndome por delante; el señor Ortiz siguiéndome con destempladas voces... Milagro fué que, después de atravesar al chucho, no hiciera lo mismo con ese nuevo amparador de doncellitas menesterosas.

LOREN. Pero vamos a ver: ¿no sería mejor que usted dejase en paz a la chica?

QUIRO. ¿Y por qué había de ser mejor? La chica me gusta.

JUANI. (Ande usted con él.) *(Bajo a don Lorenzo, después de haberle tirado de la levita.)*

LOREN. Sí, pero ya ve usted... Como la pobrecilla está sola...

QUIRO. Por eso quiero yo acompañarla.

JUANI. Como no tiene amparo...

QUIRO. En mí tendrá el que necesite.

CONDE Como su padre es viejo y está paralítico...

QUIRO. Ojalá que un día amaneciesen paralíticos todos los padres de este mundo.

LOREN. (¡Primero ciegues, condenado!)

CONDE (¡ Que no te diera el tifus !)
JUANI. (¡ Ya escampa !)
LOREN. (¡ Animo !) Quiroga : *(Con tono resuelto.)* yo no puedo consentir que usted pierda a esa pobre niña. ¡ No puedo consentirlo ! *(Tira al conde del faldón de la levita.)*
CONDE (¡ Valor !) ¡ La honra de una doncella es sagrada, muy sagrada, caballerito ! *(Tira a Juanito del faldón de la levita.)*
JUANI. (¡ Pecho al agua !) Lo que usted quiere hacer no tiene disculpa. ¡ Vamos, que no la tiene !
QUIRO. ¿ Hablan ustedes con formalidad? Pues más valía, señor don Lorenzo, que en vez de tomarse tanto interés por una muchacha desconocida, se abstuviese usted de seducir a las mujeres de sus amigos.
LOREN. (¡ Santa Bárbara !)
QUIRO. Y ¡ qué mujer ! Una jamona que no vale dos cuartos.
LOREN. ¡ Quiroga ! *(Siguiéndole.)*
QUIRO. ¡ Aquel pobrecito, que se va tan descuidado a la oficina !
LOREN. Hombre, hombre, ¡ mire usted lo que dice !
QUIRO. Con achaque de protegerle para que no pierda el destino...
LOREN. Supongo que ustedes no creerán eso de la jamona.
CONDE ¡ Ca !
JUANI. No, señor.
QUIRO. ¿ Que no? Pues miren ustedes, se llama...
LOREN. ¡ Chito ! *(Tapándole con una mano la boca.)* ¡ No comprometa usted a nadie ! Mi hija está mala, ¡ muy mala ! Voy a ver dónde se ha metido... Voy a ver qué hace...
QUIRO. Por mí, vaya usted bendito de Dios.
LOREN. (¡ Todo por la Andreíta !... ¡ A ver cómo no se la lleva el demonio !) *(Vase muy de prisa por la segunda puerta de la derecha.)*

ESCENA III

El conde, Juanito y *Quiroga.*

QUIRO. Usted, señor conde, siquiera tiene mejor gusto. La modistilla es muy salada.
CONDE ¡ Canario !
QUIRO. Y desde que la lleva usted con tanto lujo...
CONDE Señor Quiroga, mire usted que esas chanzas...
QUIRO. Verdad es que se gasta usted un dineral con ella.
CONDE Juanito, supongo que usted no creerá...
JUANI. Ni por pienso.
QUIRO. ¡ Un hombre casado ! ¡ Un padre con cinco hijos !
CONDE Voy a ver... ¡ Tengo un picor en este hombro !... Aquí debe haber pulgas.
QUIRO. ¿ Quién le detiene a usted?
CONDE (¡ Pues aunque reventara esa chica !...) *(Vase por la primera puerta de la derecha.)*

ESCENA IV

Juanito y *Quiroga.*

QUIRO. Usted, seráfico mancebo..., usted no ha seducido a nadie.
JUANI. *(Con aire de satisfacción.)* Lo que es yo...
QUIRO. Se ha dejado usted seducir por una viuda de alta clase muy llena de piezas y remiendos.
JUANI. ¡ Falso ! ¡ Calumnia !
QUIRO. ¡ Contentarse con una vieja ! ¿ No sabe usted que para cada hombre hay siete mujeres?
JUANI. Pues crea usted que algún tuno se ha guardado catorce.
QUIRO. A no ser que usted lo haga creyendo que amar a una vieja es penitencia y no pecado...
JUANI. No, si yo... Delante del conde y don Lorenzo finjo desaprobar su conducta de usted, porque como ellos la echan de timoratos... ¡ Buen par de

maulas! Pero usted hace bien... La Andregüela es preciosa y... ¡Vaya, muy bien! ¿Eh? *(Haciendo como que oye que le llaman.)* El conde me llama. Abur. *(Dirígese precipitadamente hacia la primera puerta de la derecha.)*

QUIRO. *(Riéndose.)* No tropiece usted.

JUANI. (Cristo se metió a redentor, y le crucificaron. ¿Cuándo acabará uno de escarmentar?) *(Vase.)*

ESCENA V

Quiroga y *Adelaida.*

QUIRO. Adelaida estará ciega de furor. Una mujer furiosa está casi vencida. Ella es. *(Adelaida entra por la primera puerta de la derecha, cerca de la cual permanece, contemplando a Quiroga breves instantes en silencio.)*

ADEL. *(Con tono despreciativo.)* ¡Villano!

QUIRO. Si no me turba la vista el resplandor de tu belleza, estamos solos; si mal no recuerdo, habías jurado que nunca a solas volverías a dirigirme la palabra.

ADEL. Le hablo a usted para decirle únicamente villano.

QUIRO. Cuando sale de una boca tan linda como la tuya, es grato a mis oídos.

ADEL. ¿Por qué persigue usted a esa joven?

QUIRO. Ya dices algo más.

ADEL. ¿Por qué?

QUIRO. ¿La has mirado bien a la cara?

ADEL. ¿Por qué?

QUIRO. ¿No te parece muy bonita?

ADEL. *(Acercándose a él rápidamente.)* Pero Andrea te odia.

QUIRO. ¿De qué lo infieres, Adelaida?

ADEL. No te querrá nunca. Ni tú la quieres a ella. ¡Mentira!

QUIRO. Me quiere ya. La querré con el tiempo.

ADEL. ¿Te empeñas en labrar su desdicha?

QUIRO. Me empeño... La sinceridad es un defecto inco-

rregible. Me empeño en vengarme de ti. Los medios de que para ello me valgo no dejan de tener alguna eficacia.

ADEL. ¿De que te he querido te vengas?

QUIRO. ¿Tú me has querido?

ADEL. *(Irónicamente.)* Yo a ti, no; tú a mí, sí.

QUIRO. Dos veces creí amar en mi vida. Me equivoqué una vez. ¡Ojalá que también me hubiese equivocado la otra! Una mujer al fin trocó mi corazón de rey en esclavo. Tú, Adelaida. Y nada callaré. Verme esclavo de una pasión me dió ira y vergüenza. Te amé porque no estuvo en mi mano evitarlo. Porque te amé, porque te idolatré, por eso empiezo a odiarte. No se aborrece a una mujer sin haberla querido mucho primero.

ADEL. Tú me querías, Leandro, ¿y yo a ti no? Exiges que a todo el mundo oculte nuestro cariño como secreto vergonzoso; tomas con el mayor afán precauciones para que nadie lo descubra; me amenazas con que no volveré a verte jamás si mi padre llega siquiera a sospecharlo; y yo, ciega de amor, acepto para un trato amoroso las condiciones de un pacto criminal. Quieres que huya contigo; osas proponerme que viva a tu lado, sin poderte llamar esposo. ¿Y yo lo oí? ¡Y yo, después de haberlo oído, no te aborrezco! ¿Y dices que no te amo? ¿Y dices que tú me quieres a mí? Dices cosas, a fe mía, que, aun diciéndolas tú, más que por un malvado, parecen dichas por un loco.

QUIRO. Respóndeme. ¿No te he revelado yo mi falta de creencias? ¿No sabes que para mí no hay más Dios que la naturaleza creadora de lo que nuestros ojos ven y tocan nuestras manos? Pues jurándote amor y fidelidad en el templo de un Dios cuya existencia sabes que niego, ¿qué farsa hubiéramos representado tú y yo? Mi papel en ella, ridículo; tu papel, ridículo y abominable. Piensa qué es peor, Adelaida: si creer a medias o no creer.

ADEL. ¿Y por qué aguardaste a ser dueño de mi co-

razón para dejarme ver todos los horrores del tuyo?

QUIRO. ¿Y por qué, desdichada, habiendo en ti fuerza y brío para cruzar como águila espacios sin límite encendidos en la llama del sol, te dejas aprisionar por telas de araña en el estrecho y oscuro nido de las preocupaciones vulgares? Leve soplo bastaría para romper tales cadenas. Rómpelas, vida mía, y vuelve a quien tan sólo puede amarte como tú debes ser amada. ¿Me quieres más que a todo? Por última vez te lo pregunto. Más que a todo te querré yo. Habla.

ADEL. Con ese amor que tú me pides podrán quizá en otros pueblos del mundo amar las mujeres sin oprobio y deshonra; aquí en España todavía ese amor tiene distinto nombre: se llama prostitución, se llama delito.

QUIRO. ¡Necio de mí! *(Breve pausa, después de la cual dirígese hacia la segunda puerta de la derecha.)*

ADEL. ¿Adónde vas?

QUIRO. ¿Qué derecho tiene usted, señorita, a pedirme cuenta de mis acciones?

ADEL. El que me da mi desventura y tu vileza.

QUIRO. Quita; voy a ver si está ya más tranquila esa flor de los campos.

ADEL. No la verás.

QUIRO. ¿Sabes lo que hacía el perro del hortelano, Adelaida?

ADEL. Sé que no puede tener igual tu descaro.

QUIRO. Ni tu simpleza. Soy libre. Quedaron rotos para siempre los vínculos que nos unían.

ADEL. Une el amor estrechamente; el odio, más.

QUIRO. Pero ¿qué te propones?

ADEL. ¿Olvidarme? Enhorabuena; olvídame. ¿Ultrajarme? ¡Eso no!

QUIRO. ¿Cómo has de impedir, insensata, que Andrea me cautive?

ADEL. Yo creo en Dios aún ¡Maldígame Dios si llegas a obtener una sola caricia de Andrea!

QUIRO. ¿Me desafías?

ADEL. Sí.

QUIRO. Andrea será la amada de mi corazón.
ADEL. No; lo he jurado.
QUIRO. Yo juro que sí. ¡Por mi honor lo juro!
ADEL. ¡Por su honor! ¡Este hombre habla de honor!
QUIRO. Pronto la verás en mis brazos.
ADEL. De lo que un hombre infame es capaz, bien lo sabes tú; de lo que es capaz una mujer desesperada, no puedes ni soñarlo.
QUIRO. *(Señalando a la primera puerta de la derecha.)* ¡No grites!; si hubiera gente en esa habitación... Si alguien te oyera...
ADEL. Que me oigan. ¡No más fingimiento ni disimulo!
QUIRO. ¿Quieres agotar mi paciencia?
ADEL. *(Dirígese hacia la segunda puerta de la derecha.)* Quiero que sepa todo el mundo lo que tú no quieres que sepa nadie. Andrea va a saberlo ahora mismo.
QUIRO. Detente. Publicándolo te castigarás a ti propia.
ADEL. Si yo anhelo ser castigada. La culpa tiene sed de castigo.
QUIRO. ¡Silencio!
ADEL. ¡No!
QUIRO. *(Con tono amenazador.)* ¡Silencio, o por mi vida!...
ADEL. ¿Qué? ¿Me amenazas? ¡Cobarde!
QUIRO. ¡Adelaida!
ADEL. El hombre que tiene valor para amenazar a una mujer, para esto no más puede tenerlo. ¿Y tú gozas entre los hombres fama de valiente? Los hombres deben ser muy mentecatos o muy viles. ¡Cobarde!
QUIRO. *(Asiéndole violentamente una mano.)* ¡Adelaida!
ADEL. ¡Ay! *(Quejándose como si la hubiera lastimado.)* Pero ¿usted sabe que me ha hecho daño? ¡Padre! *(Gritando fuera de sí.)* ¿No hay quien venga a escarmentar a un atrevido?

ESCENA VI

Dichos, el *Conde* y *Juanito.*

JUANI. ¿Gritaba usted?
CONDE ¿Qué pasa?
ADEL. Pasa, que un hombre tan audaz como ruín se atreve a deshacerme una mano entre la suya, en justa pena de haber cometido yo la infamia de quererle.
QUIRO. ¡Oh!
CONDE *(A Juanito, manifestando mucho asombro.)* ¡Juanito!
JUANI. *(Como el Conde, santiguándose.)* ¡Ave María Purísima!
ADEL. Aparta. Voy a casa de Andrea.
QUIRO. Pero ¿has perdido la razón?
ADEL. Ahora estoy recobrándola; ahora que te desprecio.
QUIRO. No saldrás.
ADEL. *(Ciega de ira.)* ¿Que no?
CONDE *(En tono de súplica.)* Pero señor don Leandro...
JUANI. *(Lo mismo.)* Quiroguita...
ADEL. ¿Que no? ¡Ja, ja, ja! *(Soltando una carcajada.)* Se empeñó en hacerme reír, y al fin lo ha conseguido. Aparte usted.
QUIRO. ¡Qué remedio! Es usted una dama.
ADEL. Usted no es un caballero. *(Vase por la segunda puerta de la derecha.)*

ESCENA VII

Quiroga, el *Conde* y *Juanito.*

QUIRO. *(Con tono de cólera y amenaza.)* Olviden ustedes lo que acaban de oír. ¡Ni una palabra a nadie! ¡A su padre, menos! ¿Lo entienden ustedes?
CONDE *(Muy turbado.)* Sí, señor...
JUANI. *(Lo mismo.)* Entendido.

QUIRO. ¡A nadie! *(Vase por la segunda puerta de la derecha. Adelaida cruza el campo rápidamente de derecha a izquierda.)*

ESCENA VIII

El *Conde* y *Juanito*.

(Ambos se llevan las manos a la cabeza y se pasean por el escenario en encontradas direcciones.)

CONDE ¡Esto es inaguantable!

JUANI. ¡Esto es un horror!

CONDE ¡Y qué suerte de hombre! ¡Quererle una muchacha como Adelaida!

JUANI. Señor ¿en qué consistirá que los pillos tengan tanto partido con las mujeres?

CONDE La cosa es grave. Ella está muy enamorada; él es un tenorio.

JUANI. Que yo sepa, ha seducido ya a cuatro solteras, ocho casadas y veinticinco viudas.

CONDE Nosotros somos amigos de su padre.

JUANI. Pecaríamos gravemente callándoselo.

CONDE ¡La amistad!...

JUANI. ¡El deber!...

CONDE Aunque ese matón lo lleve a mal...

JUANI. Que yo sepa, ha matado ya a uno en desafío y ha herido a nueve.

CONDE ¿Y qué? ¡Se trata de cumplir una obligación! *(Quedándose un instante suspenso.)* Aunque bien mirado, esto de mezclarse en negocios ajenos...

JUANI. Ya conoce usted el refrán: lo que no has de comer...

CONDE ¡Cuando uno tiene hijos!

JUANI. Si a mí me sucediese algo—¡pobre mamá!—, de fijo se moría.

CONDE No, señor, no; un hombre de bien no se debe meter en líos.

JUANI. Que se lo diga su hija, si quiere.

CONDE *(Tomando un polvo.)* Lo que es yo, como si no supiera nada.

JUANI. *(Comiéndose un caramelo.)* Yo tengo una memoria fatal.

ESCENA IX

Dichos y *don Lorenzo*

LOREN. *(Entrando muy sofocado por la segunda puerta de la derecha.)* ¡Si lo que a uno le sucede!...
CONDE ¿Eh?
JUANI. *(Bajo, al Conde.)* ¿Lo sabrá ya?
LOREN. ¿A que no adivinan ustedes quién se me ha metido por las puertas adentro?
CONDE A ver.
LOREN. ¿No oyeron ustedes hablar en Madrid de un bandido famoso, llamado el *Tuerto,* que había matado a su madre anciana y a su mujer recién parida?
CONDE ¡Pues no! ¡Si hubo una consternación general!
JUANI. A mí me dió un síncope cuando me lo contaron. ¡Qué fiera!
LOREN. Ahí está.
CONDE *(Dando un respingo y mirando hacia atrás.)* ¿Ahí?
JUANI. *(Muy sobresaltado, mirando en todas direcciones.)* ¿Dónde?
LOREN. Trataba de ganar la frontera, y descubierto y perseguido por una pareja de la Guardia civil, se ha refugiado en esta casa.
JUANI. ¿Aquí?
CONDE ¡Demonio!
LOREN. ¡Ven ustedes qué desgracia la mía!
CONDE ¿Y usted qué ha hecho?
LOREN. ¡Toma! Recibirle, esconderle, desorientar y despedir con cajas destempladas a los guardias civiles que han llegado poco después, echando el alma por la boca... Sí; ¡pues bonito es el niño para que se ponga uno mal con él!
CONDE ¡Friolera!
JUANI. ¡Digo!
LOREN. ¡Un bárbaro que mata a su madre y a su mujer!
CONDE ¡Y es tuerto!
JUANI. ¡Pues si tuviera los dos ojos!...

CONDE Trátele usted bien, don Lorenzo

JUANI. Con mimo, ¿eh? Con mucho mimo.

LOREN. ¡A cuerpo de rey! Ya he dicho que le den de comer y de beber y todo lo que pida.

JUANI. Y, oiga usted, ¿es muy feo?

LOREN. ¿Qué sé yo? Si creerá usted que cuando uno tiene delante un hombre así, ve, ni oye ni entiende.

CONDE ¿Y está muy asustado?

LOREN. Antes, un poco; ahora, tan fresco, y hasta chancero y decidor. Hablando queda con Quiroga.

CONDE Los dos pueden entenderse muy bien.

LOREN. Conque hay que ver cómo le ponemos en salvo.

CONDE Sí, no vayan a echarle el guante.

JUANI. ¡Esos guardias civiles son tan sagaces y tan pícaros!

LOREN. *(Con risa de satisfacción, restregándose las manos.)* ¡Qué! Si han vuelto atrás. Los engañé como a unos chinos.

CONDE De todas maneras, cuente usted con nosotros.

JUANI. Todo lo que haya que hacer en obsequio de ese pobrecito...

LOREN. Bien; gracias. Pero qué mozo, ¿eh? ¡Qué tigre!

CONDE ¡Y vaya una Policía! ¡Vaya un Gobierno! ¡Haber dejado escapar a un monstruo como ése! *(Con tono declamatorio.)*

JUANI. ¡Si no se va a poder vivir en el mundo!

LOREN. ¡Dios tenga piedad del género humano! *(Saca la petaca y enciende un cigarro.)*

CONDE
JUANI. ¡Amen!

(El Conde tomando un polvo, y Juanito echándose un caramelo a la boca. Breve pausa.)

LOREN. ¡Oh, Damián! *(Viéndole cruzar el campo de izquierda a derecha.)* ¡Y viene hablando solo! Algo trae. No faltaba más sino que éste me armase ahora otra pelotera. ¡Cuando él logre pescarme!... *(Vase por la segunda puerta de la izquierda.)*

ESCENA X

El *Conde, Juanito* y a poco *Damián.*

CONDE ¿Sabe usted, Juanito, que sería prudente buscar un pretexto para salir corriendo, corriendo, de esta Babel?

JUANI. Yo estoy ya que se me puede ahogar con un cabello. Sí, señor; vámonos.

DAM. ¿Qué ha hecho don Lorenzo? *(Con vehemencia, entrando por la segunda puerta de la derecha.)*

CONDE ¿Qué ha hecho?

JUANI. (Enfadado viene.)

DAM. Supongo que le habrá arrojado ya de aquí.

JUANI. ¿A quién? ¿Al *Tuerto?* ¡Bueno fuera!

DAM. ¿Qué *Tuerto?* Al señor Quiroga.

CONDE ¿A Quiroga? ¿Está usted en su juicio?

DAM. Pero ¿no lo sabe ya todo?

JUANI. ¿Qué?

DAM. ¿No sabe ya que ese hombre enamora a su hija?

CONDE ¡Ah!

JUANI. ¡Ah!

DAM. ¿No se lo han dicho ustedes?

CONDE Yo...

JUANI. Nosotros...

DAM. Pero ¿trataban ustedes de ocultárselo?

CONDE ¡Toma usted las cosas de un modo!

JUANI. Es mucho que no pueda uno vivir en paz con tirios ni troyanos. *(Muy apurado.)*

DAM. ¿Dónde está don Lorenzo?

CONDE Está... Creo que se ha ido por allí.

JUANI. Mire usted que el señor Quiroga nos ha manifestado su formal empeño de que no se le diga nada.

DADM. Ya..., sí..., y por eso ustedes... *(Procurando en vano reprimir su indignación.)* Doblemos la hoja. Basta.

CONDE Yo se lo advierto a usted porque luego...

JUANI. Nosotros le queremos a usted bien, y...

DAM. De su cariño de ustedes y del cólera morbo, líbreme Dios. *(Dirigiéndose hacia la segunda puerta de la izquierda.)*

ESCENA XI

Dichos y *Quiroga.*

QUIRO. Señor Ortiz... *(Llamándole, al parecer, en la segunda puerta de la derecha.)*
DAM. Caballero... *(Deteniéndose ya cerca de la segunda puerta de la izquierda.)*
QUIRO. Tenga usted la bondad de oír una palabra.
DAM. Diga usted. *(Sin acercarse a él.)*
CONDE Juanito... *(Dándole a entender que se deben ir.)*
JUANI. Ya verá lo que es bueno. *(Bajo al conde.)*
CONDE ¡Si no hace más que tonterías! *(Vanse los dos por la segunda puerta de la derecha.)*

ESCENA XII

Damián y *Quiroga.*

(A gran distancia el uno del otro.)
QUIRO. ¿Se ha encontrado usted en el camino a esa muchacha?
DAM. Sí, señor. *(Sin mirarle.)*
QUIRO. ¿Le ha contado a usted algo?
DAM. Sí, señor. *(Breve pausa.)*
QUIRO. ¿Quiere usted que seamos amigos?
DAM. No, señor. *(Con rapidez.)*
QUIRO. Categórica es la respuesta.
DAM. ¿Desea usted preguntar algo más?
QUIRO. Sí. ¿Qué piensa usted hacer?
DAM. No es difícil adivinarlo.
QUIRO. ¿Contárselo a su padre?
DAM. Ahora mismo.
QUIRO. ¿Sí?
DAM. Sí. *(Con firmeza, pero sin arrogancia.)*
QUIRO. ¿Sabe usted a lo que se expone? *(Damián, sin*

responderle, echa a andar. Quiroga, corriendo, llega primero que él a la segunda puerta de la izquierda.) ¡Eh, don Lorenzo! *(Llamándole a voces.)* Lorencito del alma, venga usted aquí.

DAM. ¿Usted le llama?

QUIRO. Yo.

ESCENA XIII

Dichos y *don Lorenzo.*

LOREN. ¿Qué se ofrece? ¡Damián! *(Con disgusto, reparando en él.)*

QUIRO. El amigo Damián, que tiene grandes cosas que revelarle a usted.

LOREN. No quiero saberlas. No está ya hoy mi cabeza para más trapisondas

QUIRO. Es preciso que le oiga usted, y a mí cuando él haya acabado. Hasta luego, hijo mío. *(A don Lorenzo.)* Hasta luego, señor Ortiz. *(Con tono irónicamente amenazador.)*

DAM. Hasta luego. *(Con firmeza y sin arrogancia, como antes. Quiroga se va por la segunda puerta de la derecha.)*

ESCENA XIV

Don Lorenzo y *Damián*

LOREN. Ea, despache usted; ¿qué hay?

DAM. ¿Qué cree usted que pasaría pudiendo el lobo, cuando se le antojara, acercarse a la oveja?

LOREN. No lo sé. ¡No me sofoque usted, por María Santísima!

DAM. Por María Santísima tengo que sofocarle a usted.

LOREN. Se quedará usted con la gana. Abur. *(Retirándose.)*

DAM. Si no me diera usted lástima...

LOREN. ¿Qué? *(Deteniéndose.)*

DAM. Me daría usted risa.

LOREN. ¡Damián! *(Volviendo.)* Esto va pasando de cas-

taño oscuro. Usted abusa de mi benevolencia. Si antes fué usted mi amigo, ahora—recuérdelo usted—, ahora...

DAM. Ahora no soy más que su criado de usted. Pues bien; el criado, viendo que en casa de su amo hay ladrones, y que su amo, con el mayor sosiego del mundo, duerme a pierna suelta, cree que le debe llamar, y le llama · pero el buen señor tiene el sueño de plomo y—¿qué remedio?—el criado le ase de un brazo y le sacude violentamente, y con toda la fuerza de sus pulmones le grita: «¡Eh, vamos, abra usted los ojos, despierte usted, que si no antes de que haya usted sacudido ese maldito sueño le habrán robado su tesoro!»

LOREN. ¿Qué me quiere usted decir? *(Dando señales de vivo interés y turbación.)* No le entiendo a usted.

DAM. Y el amo se mueve y habla al fin; pero aun no entiende a su criado. ¡Ya se ve; de un sueño profundo no puede uno despertarse de golpe! ¡Su hija de usted ama a Quiroga!

LOREN. ¡Jesús! *(Con asombro y terror.)*

DAM. Con inocencia todavía; dé usted gracias a Dios. Quiroga ha osado proponerle que huya con él para ser su manceba.

LOREN. ¿Qué dice usted? ¡Si no es posible! ¡No es posible!

DAM. El amo se restriega los ojos porque la luz se los ofende.

LOREN. ¿No hace el amor a esa aldeana?

DAM. Para vengarse de Adelaida, que rechazó su vil intento.

LOREN. ¿Quién le ha engañado a usted? ¿Quién le ha contado ese disparate?

DAM. Su hija de usted me lo ha contado.

LOREN. ¡Mi hija!

DAM. ¡Está fuera de sí la cuitada! ¡Está celosa!

LOREN. Pero ¿es verdad?

DAM. El Conde y Juanito han sido testigos de su desesperación.

LOREN. ¡Ellos lo sabían!

DAM. Sí, señor; lo sabían.

LOREN. ¡Y no me han dicho nada!

DAM. ¡Ca! No, señor; esos caballeros son muy hombres de bien.

LOREN. Dios mío, ¡si no puedo creerlo!

DAM. ¿No puede usted creer que un infame haga infamias? ¿Qué diablos puede usted creer?

LOREN. ¡Habiéndole recibido en mi casa! ¡Habiéndole tratado como a un amigo!

DAM. Por eso cabalmente. Depositar confianza en un bribón de quien sabe uno que no la merece, ¿qué es sino autorizarle para que abuse de ella?

LOREN. Pero si usted no comprende aún toda la odiosidad de su culpa. De su culpa, sí; de su crimen. ¡Damián!... ¡Qué horror!.. *(Sin atreverse a continuar.)* ¡Damián!... ¡Es casado! *(Con acento de desesperación)*

DAM. ¡Casado!

LOREN. Allá en América... Un matrimonio secreto... Una de las suyas... Se valió de mí..

DAM. ¿Y usted le ayudó también entonces?

LOREN. Dejó abandonada a su mujer... Volvió a España sin ella.. Quiso que le guardara el secreto... Me rogó que nada dijese...

DAM. ¿Y usted no dijo nada? ¿Y ese hombre ha podido obtener de una y otra cándida virgen que le admitiese por amante con la legítima esperanza de que el amante se trocara en esposo? ¿Y usted, conociéndole, usted, no satisfecho con tan aborrecible engaño, coge de la mano al seductor y le trae a su casa? ¡Dios justiciero! Necesitaba un cómplice el seductor.. ¡Le halló en el padre de la víctima!

LOREN. ¡Damián, por compasión!

DAM. Que se hagan picardías por algo que se apetezca o ambicione, ya me lo explico, ya lo entiendo; el hombre tiene pasiones violentas y ruines apetitos; pero que se hagan sin necesidad, ni provecho, ni gusto, ¡vive Dios que esto es lo que no puedo entender! La infamia bien retribuída me indigna menos que la infamia de balde.

LOREN. Bien..., sí; pero no perdamos el tiempo. Yo estoy

aturdido... Aconséjeme usted... ¿Qué le parece a usted que hagamos?

DAM. ¿Qué hemos de hacer? Dejar que ese caballero siga adelante en el empeño de seducir a su hija de usted. Y mientras lo consigue, nosotros diremos que no somos quijotes, y nos lavaremos muy bien las manos, y declamaremos contra los males de la sociedad a lengua batiente. Verá usted.

LOREN. ¡Damián!

DAM. ¡La sociedad está perdida! *(Imitando el tono declamatorio de don Lorenzo y paseando muy de prisa, como él acostumbra hacerlo.)* ¡La corrupción es universal! ¡No hay quien pueda con los bribones! ¡Desdichados de los hombres de bien! ¿Quiere usted un cigarro? *(Sacando la petaca y ofreciéndoselo.)*

LOREN. ¡Es usted implacable!

DAM. Señor don Lorenzo, aquí estoy a su lado de usted; disponga usted de mí, de mi vida.

LOREN. Gracias; Dios se lo premie a usted. ¿Qué haremos?

DAM. ¿Qué? Sacarle de aquí arrastrando.

LOREN. ¡Por los clavos de Cristo!.. Eso no... Merecía que le matase... Es verdad... *(Con ira.)* Pero más ruido... *(Cambiando de tono.)* Otro escándalo... Ya sabe usted que los hombres de bien no servimos para estas cosas.

DAM. ¡Dale! Ya sé que los hombres de bien no sirven para nada.

LOREN. Bastante grande es mi desdicha. No la empeoremos en vez de remediarla. Calma... Prudencia...

DAM. No, no; si hay que tener prudencia no cuente usted conmigo; yo—bendito Dios—no la gasto.

ESCENA XV

Dichos y Quiroga.

QUIRO. *(Apareciendo en la segunda puerta de la derecha.)* ¡Charlando todavía!

LOREN. *(Como asustado de la impudencia de Quiroga.)* ¡Eh!

QUIRO. *(Desde la puerta.)* ¿Va a durar la plática hasta el día del juicio?

LOREN. *(Bajo a Damián.)* Pero ¿es creíble su impudencia?

DAM. *(Como si quisiera arrojarse sobre Quiroga.)* Si no mirara...

LOREN. ¡Quieto! *(Bajo, conteniéndole.)* Yo soy quien debe confundirle. Déjeme usted solo con él.

DAM. Que se vaya al punto de aquí o de nada respondo.

LOREN. Se irá. *(Vase Damián por la segunda puerta de la izquierda, dirigiendo a Quiroga miradas de amenaza.)* (No sé qué experimento al verle.) *(Manifestando turbación y terror.)*

ESCENA XVI

Don Lorenzo y Quiroga.

QUIRO. *(Acercándose a él.)* El señor Ortiz le ha contado a usted que su hija me quiere.

LOREN. Con efecto... ; eso me ha contado ; y como usted ve, el asombro y la indignación apenas me permiten hablar.

QUIRO. Razón sobrada tiene usted para enojarse. Yo, en su lugar de usted, me hubiera irritado más todavía.

LOREN. Celebro en el alma, caballero, que usted reconozca el derecho que me asiste a pedirle severa cuenta de proceder tan incalificable.

QUIRO. Lo que es yo, a decírseme que un hombre casado galanteaba a una hija mía, creo que sin darle tiempo a disculparse le hubiera acogotado.

LOREN. (¿Se burla este demonio?)

QUIRO. Usted, como persona de juicio, no habrá podido menos de considerar que las apariencias engañan, y que no se debe condenar a nadie sin oírle primero.

LOREN. Siendo cierta la culpa, ¿qué alegará usted en su abono?

QUIRO. Calma y óigame usted.
LOREN. Enhorabuena: veamos lo que usted se atreve a decirme.
QUIRO. Pues ya sabe usted que su hija es hechicera.
LOREN. ¿Y qué?
QUIRO. Que yo solía echarle flores. No trato de atenuar mi falta; pero cuando uno está al lado de una mujer bonita, ¿qué ha de hacer?
LOREN. (No podré contenerme.)
QUIRO. Adelaida lo tomó por lo serio y se enamoricó de mí.
LOREN. *(Dando señales de impaciencia.)* Adelante.
QUIRO. ¿Qué remedio? Resolví dejarme querer.
LOREN. *(Exasperado.)* ¿Sí?
QUIRO. Sí, señor; en obsequio de ella y de usted.
LOREN. A ver, explíqueme usted ese acertijo.
QUIRO. Me figuré que aquello no sería más que fugaz capricho de niña y que, no oponiéndole resistencia, pasaría más pronto. Me equivoqué. ¡Ay, amigo mío, no hay en la tierra dos mujeres iguales! Creí llegado el caso de romper con ella bruscamente, y, al efecto, le dije que yo tenía hecho voto de no casarme nunca. ¡Me parece que el sinapismo!... Pues, señor, tampoco este sinapismo dió el resultado apetecible. Se la trajo usted aquí Vi el cielo abierto. Pero cuando vine con intención de hacerle a usted una visita de media hora, usted se empeñó en que me detuviera algún tiempo a su lado. Y ¡qué terco se puso usted! Si aquel día soy basilisco, le mato a usted con los ojos. Me quedé para completar mi obra enamorando a esa zafia campesina en quien había reparado al venir Era otro sacrificio. ¿Y qué? Yo no debía omitir ninguno, a fin de corresponder como buen caballero a la amistad de que a usted soy deudor, curando radicalmente a su hija. ¿Qué tal? A ver, santo varón; dígame usted qué más podía yo haber hecho.
LOREN. (¡Si es cosa de matarle!)
QUIRO. ¿No responde usted? Cuando presumí que se me darían las gracias...
LOREN. (¡Esto más!)

QUIRO. Que se me tenderían los brazos...
LOREN. Pero ¿se burla usted?
QUIRO. ¿Burlarme? ¿Duda usted acaso de la sinceridad de mis palabras? ¿Le parece a usted que, a ser mi intención conseguir favores de Adelaida, no los hubiera conseguido? Mal me conoce usted, muy mal; y ¡vive Dios! que si me hiciera usted caer en la tentación de probarle que se equivoca...
LOREN. No, no, si yo no dudo...; pero...
QUIRO. Pero ¿qué? Hable usted con franqueza.
LOREN. ¿Por qué no declaró usted a mi hija que era casado?
QUIRO. ¡Revelar a una muchacha mi secreto!
LOREN. ¿Y por qué no me dijo usted a mí lo que sucedía?
QUIRO. Porque entonces usted se lo hubiera revelado. Aun ahora temo que falte usted a la palabra que me tiene dada, y no estará de más advertirle que si a ella faltase alguna vez... *(Con tono de amenaza.)*
LOREN. (¡Caramba, y yo que se lo he dicho al otro!) *(Con susto.)*
QUIRO. Ahora, en prueba de mis hidalgas intenciones, estoy resuelto a obedecerle a usted con los ojos cerrados. ¿Sigo enamorando a esa chica o me voy? Elija usted...
LOREN. Yo preferiría...
QUIRO. Que me fuese, ¿verdad?
LOREN. ¿No cree usted que esto sería lo más acertado?
QUIRO. Yo haré lo que usted mande. Acabo de hablar con ese hombre a quien persigue la justicia. Me ha conmovido; yo compadezco todo género de infortunios. Verá usted lo que se puede hacer. Ustedes, a la hora de costumbre, se acuestan, y allá a las dos o las tres de la madrugada tomo su coche de usted; con un traje de cochero se encarga de guiarle ese hombre. y nos vamos juntos los dos.
LOREN. Bien; por mí...
QUIRO. Pero convendrá que con alguna anticipación salgan delante de nosotros, a pie, Miguel y Antonio, a fin de que vayan explorando el camino y pue-

dan avisarnos de cualquier peligro que pudiera haber en seguir adelante, o darnos ayuda en caso de necesidad. En Irún recogerían el coche y se volverían con él. ¿Eh?

LOREN. Bueno; sólo que como todavía no tengo aquí más que esos dos criados...

QUIRO. ¿Y qué? No se han de ir hasta que ustedes se hayan acostado, y a las nueve de la mañana estarán ya de vuelta.

LOREN. Corriente. (¡Con tal de que se vaya!...)

QUIRO. ¡Ah! Otra cosa. Oyéndole a usted hablar de sus viajes, he resuelto visitar este año gran parte de Europa. Dos mil duros le trajeron a usted días pasados de San Sebastián: deme usted mil.

LOREN. ¿Qué?

QUIRO. En Madrid se los devolveré a usted cuando nos veamos.

LOREN. Pero...

QUIRO. ¡Cómo! ¿No quiere usted dármelos? Enhorabuena. Está usted en su derecho. Pero no será porque desconfíe usted de mí, ¿eh? ¡Si tal supiera!...

LOREN. No, señor; no..., sino que...

QUIRO. Hasta ahí podían llegar las bromas.

LOREN. Pero si yo...

QUIRO. Pediré a Madrid ese dinero por telégrafo... ¡Verdaderamente que no he dado en toda mi vida mayores pruebas de paciencia! Supongo que por dos o tres días más que yo esté aquí...

LOREN. No, si usted no ha entendido... Es que no recordaba si tenía, con efecto, ese dinero disponible. Conque ¿mil duros?

QUIRO. Ya no los tomo; no, señor.

LOREN. Le aseguro a usted...

QUIRO. ¡Porque he dado a un padre cierto género de explicaciones se figuran que voy a dejarme sopapear!

LOREN. Vamos, ¡por favor!

QUIRO. ¡Le he dispensado a usted ya tantos!

LOREN. Uno más. Hombre, ¡admita usted ese pico, por el amor de Dios!

QUIRO. ¡Qué pesadez! Lo admitiré. ¡Hagamos el último sacrificio! Ya puede usted agradecérmelo.

LOREN. Seguramente... (¡Maldito seas!) ¿Los quiere usted ahora?

QUIRO. No hay prisa; tráigamelos usted.

LOREN. Al momento. *(Dirígese hacia la segunda puerta de la izquierda.)* (¡Mil duros! ¡En fin, que se vaya!)

QUIRO. ¡Chis! *(Llamándole.)* ¡Don Lorenzo! En oro, ¿eh?

LOREN. Por supuesto, en oro. (¡Qué bribón, Dios mío, qué bribón!) *(Vase por la puerta antes indicada.)*

ESCENA XVII

Quiroga.

QUIRO. ¿Qué sería de uno si en el mundo no hubiera hombres tan de bien como ése? A fe que es un bendito. *(Breve pausa.)* Algo caro se hace pagar el Tuerto. Si él no está ahora en la situación más a propósito para acometer nuevas aventuras, yo, en cambio, le proporciono disfraz y medios convenientes para la huída. ¿Qué importa? Le daré lo que pide. A bien que paga don Lorenzo. Adelaida ha de arrepentirse de haberme obligado a quererla para reírse luego de mí. No veo el instante de humillarla y desgarrarle el corazón. Andrea es divina: su humildad, su candor, hacen de ella un tipo singularísimo que yo no conocía hasta ahora. Por mi vida que no me vengo mal.

ESCENA XVIII

Quiroga y *Damián.*

QUIRO. (Hola, el señor Ortiz. *(Viéndole entrar por la puerta segunda de la izquierda.)* Despachemos con éste. Buenas ganas le tengo, y siquiera se ha de llevar un susto. Por otra parte, si no le

hago mío por el miedo, conviene lisiarle un poco para que no pueda estorbar.) ¿Sabe usted lo que digo, señor Ortiz?

DAM. ¿Qué dice usted? *(Acercándose muy tranquilo.)*

QUIRO. Que soy grande apasionado de la simetría, bien que sin negar que por sí sola no constituye la belleza.

DAM. ¿También de estética sabe usted algo? Es usted un pozo de ciencia.

QUIRO. Digo pues, que cualquiera falta de simetría me lastima los ojos. Y de ahí que no pueda ver con sosiego las piernas de usted; por lo cual me ha de permitir que le tuerza la que aun tiene derecha para que las dos se queden iguales.

DAM. Eso no sería difícil. ¡Ojalá que con tanta facilidad se pudiese enderezar un alma torcida!

QUIRO. Sepamos: ¿con qué prefiere usted que se le haga la operación, con plomo o con acero?

DAM. Usted intente corregir mi deformidad con acero o con plomo, según lo que le parezca mejor, que yo, a mi vez, procuraré hacerle a usted análogo servicio con lo primero que halle a mano.

QUIRO. Creo que no me ha entendido usted. Le propongo un duelo. A mis ojos, todos los hombres son iguales.

DAM. A los míos, no; a los míos se diferencian mucho los hombres por de fuera; más aún por de dentro.

QUIRO. Vendremos de todos modos a parar en que, batiéndose conmigo, será usted el honrado.

DAM. Tratar con intolerable altivez a los hombres el mismo que los declara iguales, no es cosa tan rara que pueda coger a nadie de susto.

QUIRO. ¿Hay gran vanidad en presumir que yo valgo un poco más que usted?

DAM. Según y conforme. No se mide bien a los hombres sino midiéndolos por el alma, y así medidos, puede resultar: el que parecía pequeño, grande, y el que parecía grande, pequeño.

QUIRO. El diablo que le entienda a usted, señor Ortiz: unas veces absolutista y otras veces demócrata.

DAM. Ahí verá usted. Consecuencias de no haber vuel-

to a estudiar nada de política desde que aprendí en la escuela el Catecismo de Ripalda.

QUIRO. En resumen, ¿quiere usted batirse conmigo?

DAM. No, señor.

QUIRO. ¿Prefiere usted que le apalee?

DAM. Menos todavía.

QUIRO. ¿Qué he de hacer entonces?

DAM. Dejarme en paz.

QUIRO. Mucho teme usted a la muerte.

DAM. Como que me hace falta la vida para seguirle a usted los pasos.

QUIRO. ¿Tiene usted apego al oficio de polizonte?

DAM. Si el mundo estuviera bien constituído, ¿qué oficio más honroso que el de vigilar a los malos para que no pudieran dañar a los buenos?

QUIRO. Y de mí, ¿qué es lo que usted recela?

DAM. Sé que piensa usted partir esta noche con un bandido.

QUIRO. Y de eso, ¿qué deduce usted, cojitranco de los demonios?

DAM. Nada. Usted, con arreglo a sus teorías sobre la igualdad de los hombres, imaginará sin duda que de usted a un bandido no va el canto de un duro.

QUIRO. Será preciso valerme del palo y no de las manos, porque temería manchármelas.

DAM. Don Lorenzo... En fin, don Lorenzo es todavía mi amo; nada debo decir de él. Dios le ayude. Pero si don Lorenzo nada ha sospechado o nada ha querido sospechar, yo, a quien jamás pareció dama de mucha sinceridad la filantropía, necesariamente he debido estimar algo sospechoso ese filantrópico anhelo de salvar con riesgo propio a un foragido, tomando para ello muy singulares precauciones. Ni podrá nadie, que no sea pariente del vecino más famoso de Coria, imaginar de usted que, teniendo a nuestros ojos empeñada su vanidad de seductor incomparable, va a marcharse buenamente de aquí sin procurar por algún medio rescatarla, sin dejar en el camino rastro de vergüenza y dolor, como señal de su nueva lucha y victoria. ¿Quién es la amenazada? ¿La aristocrática señorita o la moza ple-

beya? ¿Qué género de riesgo amenaza a la una o la otra? Confieso que aun no lo adivino. Pero en todo caso, tal vez habrá usted raciocinado así: «Este Damián, este cojitranco de los demonios, ha osado ya provocar mi furor, y puede ser obstáculo a la ejecución de mis planes; conviene, pues, por ambos motivos, vencerle con el miedo o inutilizarle con algún daño.» ¿Digo bien? ¿He puesto el dedo en la llaga? De fijo que sí; lo juraría, según lo que aprieta usted los dientes. Pues ha echado usted sus cuentas sin la huéspeda. Quizá en otra ocasión, por el afán de conseguir la honra con que usted se digna brindarme, hubiera acallado los escrúpulos de una conciencia pusilánime y ruin; pero hoy que veo amenazado al desvalido por aleve opresor, ya que arrriesgue mi vida, quiero arriesgarla con provecho. Usted, sin duda, puede atentar a ella, dejándose de vanas formalidades; y por si tal designio llegase usted a concebir, leal y caritativamente, debo advertirle que mire bien lo que hace, que procure acabarme de un solo golpe, de uno solo; porque si alguna vida me queda, aunque no sea más que un poco de vida, con ese poco me ha de bastar para arrancarle a usted el corazón y cumplir mi antojo de ver qué hechura tiene un corazón tan execrable.

QUIRO. A los insultos de usted, ¡villano!, sólo puedo yo dar una contestación: ésta. *(Ciego de ira, levantando la mano para dar a Damián una bofetada.)*

DAM. Pues esa contestación, ¡canalla!, no se me da a mí. *(Sujetando a Quiroga el brazo con una mano.)*

QUIRO. ¡Oh, suelte usted! *(Como fuera de sí.)*

DAM. Ya que otra cosa no debo a la Naturaleza nervios capaces de hacerle a usted polvo los huesos. *(Oprimiéndole fuertemente el brazo y soltándole después con violencia.)*

QUIRO. ¡Va usted a morir! *(Retirándose. Toma de encima de la mesa el bastón y desnuda el estoque para acometer con él a Damián.)*

DAM. ¿Cuál de los dos? *(Cogiendo una silla y levantándola en el aire.)*

ESCENA XIX

Dichos, don Lorenzo, y después el *Conde* y *Juanito.*

(Don Lorenzo entra por la segunda puerta de la izquierda con dos líos de dinero en la mano.)

LOREN. ¡Oh! *(Dando un grito al ver a Quiroga y Damián.)* ¡Damián! ¡Quiroga! *(Dejando el dinero en una mesa y acercándose a ellos.)*

CONDE ¡Ya se armó! *(Entrando por la segunda puerta de la derecha.)*

JUANI. ¡Jesucristo! *(Entrando por la misma puerta.)*

LOREN. ¡Quiroga, por Dios! *(Acercándose a él.)*

QUIRO. ¡Ese hombre ha osado ultrajarme horriblemente! ¡Ese hombre ha puesto en olvido que yo soy un caballero y él un criado infame!

DAM. ¡Terrible calamidad que en una sastrería se pueda hacer un caballero!

QUIRO. Señor don Lorenzo, todavía estoy en su casa de usted; castigue la insolencia de ese criado, o después de matarle a él tendré que pedirle a usted cumplida satisfacción de la injuria.

LOREN. Dice bien el señor Quiroga. Damián; en mi casa... *(Yendo hacia él.)*

DAM. En su casa de usted no respetaré ni a usted mismo, si llega su avilantez al extremo de aparentar enojo contra quien le defiende, por halagar a quien ha querido corromper a su hija.

QUIRO. Prohíbale usted decir una sola palabra más: prohíbaselo usted.

LOREN. ¡Silencio, Damián! Yo sé quién es este caballero y...

DAM. Usted sabe y dice que es un pícaro redomado.

LOREN. ¿Yo?

CONDE ¡Qué insolencia!

JUANI. ¡Qué hombre!

DAM. Y también el señor conde, y también este caballerito le tienen a usted por un tunante.

JUANI.
CONDE ¿Yo?

QUIRO. Si estos caballeros han dicho eso de mí, no me lo negarán cara a cara.

CONDE Puede usted creer... *(Yendo hacia él lleno de espanto.)*

JUANI. Trata de enzarzarnos para sacar el ascua con mano ajena. *(Yendo también hacia Quiroga con los brazos abiertos y muy compungido.)*

LOREN. Está delirando. ¿No lo conoce usted? *(Acercándose también a Quiroga lleno de ansiedad.)*

DAM. Desenóienle ustedes; humíllense ustedes. Dicen algunos que primero fué mono el hombre, y dicen bien, porque se ve que el hombre vuelve ahora a ser mono.

CONDE Estamos en su casa de usted, don Lorenzo. *(Enérgicamente.)*

JUANI. Lo mismo que dijo a usted antes Quiroga le decimos nosotros.

QUIRO. Yo le castigaré. *(Queriendo ir hacia Damián. El conde y Juanito le detienen.)*

LOREN. Váyase usted, Damián. Salga usted de mi casa.

DAMI. No ha echado usted al otro; echarme a mí es hacerme justicia. Pero sépalo usted: ese hombre medita una infamia

QUIRO. ¿Lo ve usted? ¡Quiere que le asesine! *(Queriendo arrojarse sobre Damián Don Lorenzo, el conde y Juanito le detienen.)*

LOREN. Déjele usted.

CONDE No le haga usted caso.

JUANI. Despréciele usted como yo.

DAM. ¡Una infamia! Quizá contra la hija de aquel anciano desvalido, quizá contra su hija de usted. ¡Ay de la una o de la otra!

QUIRO. Suéltenme ustedes y acabaré con él; si no—véanlo ustedes—me va a matar a mí el coraje. *(Trémulo y ahogado por la ira.)*

LOREN. Cálmese usted, amigo mío. *(Con la mayor solicitud.)* ¡Salga usted al momento! *(Furioso, a Damián.)*

CONDE ¡Tiene usted los ojos inyectados de sangre! *(Observándole con ansiedad.)* ¡Fuera de aquí! *(Muy irritado, a Damián.)*

JUANI. ¡Le arde a usted la frente! *(Tocándosela.)* ¡Salga usted, asesino! *(A Damián, con vehemencia.)*

LOREN. Siéntese usted. *(Acercando apresuradamente una silla y haciendo que Quiroga se siente.)*

CONDE. Recline usted en mí la cabeza. *(Hincando una rodilla en el suelo y haciendo que Quiroga recline la cabeza en uno de sus hombros.)*

JUANI. ¡Quieto, por piedad! *(Sujetándole con la mano izquierda para que no se levante. Con la derecha saca del bolsillo del pecho un abanico y hace aire con él a Quiroga.)*

DAM. ¡Señor, para el desdichado que va ciego a la culpa, toda tu infinita misericordia! ¡Toda tu infinita justicia para el vil que se prostituye por miedo! No tienen cielo y tierra enemigo mayor que la cobardía. *(Da un paso hacia el foro y se detiene.)* ¡He ahí los hombres de bien a los pies del malvado! *(Señalando al grupo que forman Quiroga y los otros tres personajes. Encaminase precipitadamente hacia la segunda puerta de la derecha.)*

TELON

ACTO TERCERO

Un jardín. A la izquierda un ángulo saliente de la casa de don Lorenzo; en la fachada que mira a la derecha, puerta de salida al jardín, al cual se baja por una escalera de piedra de cuatro o cinco escalones con barandilla; a cada lado de esta puerta, una ventana, y otras tres correspondientes al piso principal: en la parte de fachada que da vista al público, una ventana alta y otra baja, la cual se abre a su tiempo dejando ver una habitación, en que habrá una mesita arrimada a la ventana y otros muebles. A la derecha, un banco de jardín al pie de un árbol. En el foro, una verja que da salida al campo. Es de noche.

ESCENA I

Adelaida.

ADEL. ¡No sé qué hago! ¡No sé qué es de mí! ¡Cuánto pensar! ¡Cuánto padecer! ¡Qué horrible campo de batalla esta cabeza! Mi corazón, ¡qué in-

fierno! *(Breve pausa.)* Se va. ¿Solo? ¿Con Andrea? ¡Todo menos que se vaya con esa mujer! Ni solo quiero que se vaya. Qué, ¿no hay en el mundo más mujeres que Andrea? ¿Conque le amo? La duda es singular. ¿Conque estoy celosa? Tal vez. ¿Habrá sentido nunca nadie celos como los míos? Y amar a quien nos odia y ultraja, ¿qué es? Una locura como todas. Más locura que todas. Conozco mucha gente que llora con motivo o sin él. ¡Felices los que llorando se desahogan! Yo creo a veces que al fin suben lágrimas a mis ojos; pero mis ojos se resisten a echarlas fuera, y vuelven cual plomo derretido a devorarme las entrañas. Yo, aunque padezca horriblemente..., yo no puedo llorar. Hoy menos que nunca. El llanto es un consuelo, y no le hay para un dolor sin esperanza. La desesperación no llora. Me reiré por hacer algo. ¡Si por hacer algo me pudiese morir! ¡No! ¡Tampoco! El suplicio es tremendo. Pero no, nada: este cuerpo mezquino, todavía de pie; esta máquina deleznable, entera todavía. *(Déjase caer en el banco. Pausa. Damián, al otro lado de la verja, mira atentamente hacia donde está Adelaida, permaneciendo un rato indeciso.)*

ESCENA II

Adelaida y *Damián.*

DAM. Adelaida. *(Llamándola sin esforzar mucho la voz.)*

ADEL. ¡Damián! *(Levantándose, sobresaltada.)* ¿Quién?

DAM. Yo: Damián.

ADEL. ¡Ah! *(Reponiéndose.)*

DAM. Señorita, una palabra por favor.

ADEL. Entre usted. *(Abriendo la verja.)*

DAM. ¿Usted aquí, a estas horas? *(Entrando.)* ¿Lo sabe su padre de usted?

ADEL. Tiempo ha que mi padre me dejó encerrada en mi habitación, guardándose la llave.

DAM. Entonces, ¿cómo la hallo a usted en este lugar?

ADEL. Las señoritas que nos hemos educado a la ingle-

sa contamos con audacia y agilidad bastantes para más ardua empresa que la de salir de un aposento, aunque esté cerrado, si en el aposento hay un balcón, y junto a él una parra levantada sobre armazón de hierro y madera.

DAM. ¿Y a qué ha sido abandonar usted su habitación de ese modo? No me niegue usted el derecho de preguntárselo.

ADEL. ¿A qué? ¿Lo sé yo, por ventura? No quería estar encerrada... Quería ver qué hace ese hombre..., si en efecto se va..., si en efecto se va solo. ¿Y usted? Imaginaba que ya estaría usted muy lejos de aquí.

DAM. Mal me conoce usted, Adelaida. El se ha de ir antes que yo. No han permitido Andrea y su padre que los deje un momento solos en todo el día ni en toda la noche, hasta que poco hace me he venido a contemplar los muros de esta casa, como si por ellos quisiera adivinar las intenciones de Quiroga. ¿Las ignora usted compeltamente? ¿No las presume usted siquiera? Respóndame usted.

ADEL. Las ignoro; no las presumo. Tiemblo, sin embargo. El alma, con misteriosa voz, me grita que debo temblar.

DAM. Quizá usted más que nadie.

ADEL. ¿Por qué?

DAM. Si usted me permitiese hablarla cual si fuera su amigo...

ADEL. Perdóneme usted, Damián, que siempre le haya tratado con injusticia. Quien no está satisfecho de sí, ¿de quién lo estará? Perdóneme usted, y sienta yo alguna vez entre las mías la mano de un hombre noble y generoso. *(Estrechándole la mano.)*

DAM. ¿Noble..., generoso? No tal. La sangre algo caliente..., los nervios algo levantiscos..., y he aquí mi generosidad y nobleza. Pero acepto la honra de figurarme por esta sola noche que soy su amigo, su hermano de usted. Adelaida, ¿ama usted aún a Quiroga?

ADEL. Verá usted qué amiga, verá usted qué hermana

tiene usted tan despreciable y tan odiosa. No le quiero aún; le quiero más.

DAM. ¿Está usted segura de lo que dice? ¿Es usted capaz de amar a un hombre casado?

ADEL. ¡Casado! ¿Quién? *(Con profunda extrañeza.)*

DAM. ¿No lo sabe usted todavía? ¿No lo sabe usted por su padre?

ADEL. Mi padre, lleno de turbación y angustia, me ha repetido muchas veces que ese hombre no podía casarse. *(Hablando rápidamente, con viva agitación.)* Creí que aludía a su falta de creencias, a su impiedad. ¿Dice usted que es casado? Damián, ¿dice usted eso?

DAM. ¡Adelaida! *(Con espanto.)* Domine usted su agitación.

ADEL. No dice usted eso, ¿verdad? ¡Esta noche me asaltan de pronto unos delirios!

DAM. Se casó en América, y allí abandonó a su mujer.

ADEL. Pero—¡Dios me valga!—¿es casado ese hombre? *(Con arrebato de indignación y angustia.)* ¡Casado! ¿Conque aun podía yo ser más desventurada? ¿Conque no hay desdicha que, por grande que sea, no pueda ser todavía más grande? ¡Casado! Y si uno llega a odiar la vida, y da la vida en no acabarse, ¿qué remedio? Cuando la carga es insufrible, bien hace el que la arroja.

DAM. Ahora, Adelaida, ahora empieza usted a delirar.

ADEL. Si voy creyendo que tiene razón ese malvado al asegurarme que el cielo está vacío. Alienta aún ese malvado. ¿Cómo ha de haber nada allá arriba?

DAM. ¿Dudará usted de Dios?

ADEL. Pues amando a Quiroga, ¿de qué no quiere usted que yo dude? Vamos a ver, ¿de qué?

DAM. Arranque usted ese ponzoñoso amor de su pecho.

ADEL. Creo en la fatalidad; en la fatalidad solamente. *(Quédase como abstraída en austera cavilación.)*

DAM. Se castiga al ladrón que roba dinero, y se deja en paz al ladrón que arrebata a un alma la fe.

ADEL. Dicen que soy hermosa *(Como hablando consigo mismo.)*; dicen que no hay mujer más elegante

que yo; en París me toman por francesa; por inglesa, en Londres; por italiana, en Roma; el más hábil y alentado jinete muy rara vez conseguirá dejarme atrás en la carrera; si toco el piano, causo entusiasmo verdadero; conozco libros de todas épocas y naciones; mi dote puede dar envidia a la hija de un príncipe. ¿Cómo no habían de admirarme, cómo no me habían de amar los hombres? Muchos me amaron. A ninguno amé yo. El que no me parecía niño, parecíame viejo; desdeñaba al humilde, irritábame contra el poderoso; amante grave y circunspecto o vehemente y volcánico, por igual me hacían reír. Mi burla, más que el activo encono de sus adversarios políticos, fué parte a desacreditar y hundir a un hombre de mérito que tuvo en la cumbre del poder la flaqueza de aspirar a mi mano. Quísome un pintor que amenazaba robar laureles a Murillo, y heló mi burla primero su inspiración, después la sangre de sus venas. Me afligió unos días su muerte; fué luego pábulo a mi orgullo. Las muchachas amigas mías, empleadas constantemente en fútiles devaneos, me contemplaban con asombro; yo a ellas, con lástima. Todo el mundo me llamó la niña de piedra. Acabóse en mí de este modo esa edad de las ilusiones que se cree dulce y halagüeña; llegué a la edad de la fría razón; cumplí veinticinco años sin que mi corazón hubiese dado un latido solo de amor... Pues mire usted para quién se guardaba el insensato. *(Impetuosamente, con amarga ironía.)* Para ese hombre se guardaba: para quien había de cubrirle de luto y de vergüenza. Desprecio al más rico, al más ilustre, al más hidalgo y bueno; detesto a quien me adora, y—véalo usted—al único digno de implacable odio y desprecio, a ése amo; adoro a quien, al solicitar mi cariño no siendo libre, me hace la injuria más atroz que nunca pudo hacerse a una mujer honrada. Si esto no es fatalidad, ¿qué es? Dígalo usted, Damián. Quiero saber qué es esto. ¡Oh! Sí, no hay du-

da; por fin logro llorar. *(Pasándose una mano por los ojos.)* Llanto de fuego; pero llanto. ¡Ay Damián, qué desdichada soy! *(Rompiendo a llorar con la mayor angustia y apoyando la cabeza en un hombro de Damián.)*

DAM. Sí, muy desdichada. ¿Fatalidad? No. Fruto de la soberbia es la desgracia y la ignominia que usted llora. De la soberbia, Adelaida, que parece que le hace a uno subir, por el afán y las angustias con que le hace bajar. La humildad al revés: con ella parece que bajamos cuando vamos subiendo. Sea usted humilde, y podrá salir del abismo en que se ve ahora hundida; soberbia, todavía puede usted hundirse más en el lodo. Una grande ignominia origínase fácilmente de una gran vanidad.

ADEL. Ya es tarde; ya no hay salvación para mí.

DAM. Quiso Dios que para volver a él no fuese nunca tarde. El momento que basta a que en las tinieblas de una vida entera se haga la luz, ¿con qué reloj podrá medirse? Unicamente con el reloj de la Infinita Misericordia. Usted pone ahora el pie en el mundo; su culpa tiene fácil remedio. ¡Vuelva usted en sí! Por la memoria de su madre.

ADEL. ¡Mi madre! No la conocí apenas. ¡Oh, si ella me hubiera vivido!... Mi padre me confió a manos mercenarias.

DAM. ¿Y por qué? Porque anhelaba que su hija recibiese la más brillante educación.

ADEL. Me abandonó para hacer viajes de años enteros.

DAM. Porque a toda costa quería aumentar los bienes de su hija.

ADEL. No puso dique a mis malos instintos; no corrigió mis faltas.

DAM. ¡Porque era usted su única hija y la amaba con frenesí!

ADEL. Conocía a ese inicuo y le trajo a mi lado.

DAM. ¡Adelaida! El padre es el que ha de juzgar a su hijo, y no el hijo a su padre. *(Con severidad y enojo.)* Adelaida, no sea usted mala hija, por Dios. *(Con ternura, llorando.)*

ADEL. ¡Pero si le amo, Damián, si le amo! ¡Si es muy cruel mi desventura! ¡Si no hay consuelo para mí! *(Rompiendo otra vez a llorar.)*

DAM. ¿Cómo ha de haberlo, cómo? Se aleja usted de Dios, y no tiene el dolor otro compañero. Y si Quiroga intentase arrastrarla a mayor oprobio, ¿quién la defendería a usted de sí misma? ¿Quién refrenaría los villanos impulsos de un pecho descreído?

ADEL. Yo sola me basto a salvar mi honra. No nací yo para manceba. *(Enérgicamente.)*

DAM. ¡Insensata! La mujer impía, ¿para qué más puede haber nacido?

ADEL. ¡Silencio! *(Mirando hacia la ventana baja de la parte de fachada que da frente al público.)*

DAM. Venga usted. *(Llevándosela hacia la derecha. Abrese la ventana antes indicada, y Quiroga se asoma a ella.)*

ESCENA III

Dichos y *Quiroga.*

QUIRO. Calma completa. *(Retírase de la ventana.)* Bien: ya es hora; partamos. *(Hablando con persona que se supone estar a la izquierda de la habitación y que no puede ser vista por la ventana.)* Salga usted con el coche. Nos encontraremos allí. *(Quiroga, tarareando una canción, se guarda en los bolsillos algunos objetos, se pone el sombrero, toma la luz que habrá encima de la mesita arrimada a la ventana y desaparece por la izquierda.)*

DAM. Se van. No sé qué experimento.

ADEL. ¡Se va! Se va cantando... ¡No se ha de ir así, por mi vida! ¡Leandro! *(Gritando.)*

DAM. ¿Qué hace usted?

QUIRO. ¿Eh? ¡Esa voz! *(Volviendo. Vase por la derecha.)*

ADEL. Quiero dar mi último adiós al amigo que parte.

DAM. ¡Imposible!

ADEL. ¿Qué teme usted? *(Con altivez.)* Oiganos, si le

place. *(Oyese abrir la puerta de la casa.)* Ahí está.

DAM. ¡La oiré a usted, criatura infeliz! *(Con tono de amenaza y reconvención. Vase por la derecha.)*

ESCENA IV

Adelaida y *Quiroga.*

QUIRO. ¡Adelaida!

ADEL. No era justo que sin despedirnos te fueras. Y ¿adónde vas? ¿Quizá en busca de tu mujer?

QUIRO. ¿Ya te lo han dicho? *(Con ira.)* Enhorabuena. *(Conteniéndose.)* Siendo casado, te vi y no pude menos de amarte. Ahí tienes la explicación de mi conducta. Ahí tienes mi culpa y mi castigo.

ADEL. ¡Tu vileza increíble!

QUIRO. Decidido estoy a partir y a que jamás vuelvas a verme. Pero este sacrificio sería tal vez superior a mis fuerzas, a tropezar, yendo a cumplirlo, con señales de ser amado todavía.

ADEL. Te oigo, y me parece estar soñando. Obra parece de una pesadilla tu imprudente maldad.

QUIRO. La cólera suele ser indicio de amor. Si me insultas, creeré que me amas; si me amas, no tendré valor para separarme de ti. Adiós.

ADEL. Adiós. *(Quiroga da algunos pasos hacia el foro.)* Pero te has de ir tranquilo y gozoso, quedándome yo con el alma llena de vergüenza y remordimientos, de angustia y coraje. Vete, sí; pero antes de que te vayas, ¿no te podría yo castigar?

QUIRO. Aun es tiempo.

ADEL. ¿De castigarte?

QUIRO. De que tú y yo cumplamos nuestro destino.

ADEL. ¿Cuál es nuestro destino?

QUIRO. Amarnos. *(Con vehemencia, asiéndole una mano. Damián se deja ver lleno de ansiedad y como resuelto a lanzarse entre Quiroga y Adelaida.)*

ADEL. ¿Amarte yo?

QUIRO. Sí, ven; huyamos, Adelaida.

ADEL. ¡Suelta! *(Desprendiéndose violetamente de Quiroga.)* ¡Huir contigo! ¡Si tanta audacia mete miedo! ¿Hasta ahí crees que puede llegar mi infamia? Haces bien: mujer que fué capaz de amarte, debe a tus ojos ser capaz de todo lo malo.

QUIRO. Llorarás haber desdeñado mi amor.

ADEL. ¡Ojalá que fuese verdad que me amas! Si tú me amases, entonces sí que te aborrecería yo. Vete.

QUIRO. Me voy, sí; pero no me voy solo.

ADEL. ¡Eh! ¿Cómo? ¿Qué has dicho? *(Con viva agitación.)*

QUIRO. A fe que no contaba con el gozo de ser testigo de tu desesperación. Me daba por satisfecho con el gozo de imaginármela.

ADEL. ¿Que no te vas solo? ¿Con quién te vas?

QUIRO. ¿A qué me lo preguntas? Harto lo adivinan tus celos.

ADEL. ¿Celosa yo de ti? No me digas que estoy celosa.

QUIRO. Tú lo has querido. Sufre las consecuencias de tu insensata cobardía.

ADEL. Pero ¿con quién te vas?

QUIRO. El coche está ya delante de su casa.

ADEL. Pero ¿dices que te vas con Andrea?

QUIRO. Con Andrea.

ADEL. Mientes.

QUIRO. Con Andrea, que me ama; con Andrea, a quien amo yo.

ADEL. ¡Daría mi vida entera por ser hombre un momento!

QUIRO. ¿Qué harías siendo hombre?

ADEL. ¡Matarte! ¡Abofetearte primero!

QUIRO. Así te quería yo ver.

ADEL. No cumplirás tu atroz designio.

QUIRO. ¿Quién lo ha de impedir? ¿Tu padre? ¿Sus amigos? Me conocen a mí y conocen al hombre que me acompaña.

ESCENA V

Dichos y *Damián.*

DAM. Dos monstruos mayores rara vez se ven juntos.

QUIRO. ¿No se ha ido usted? ¡Maldito empeño de morir a mis manos. *(Va hacia el foro.)*

ADEL. Aguarda. *(Deteniéndole.)*

QUIRO. ¡No más! ¡Déjame! *(La aparta con violencia de sí y vase precipitadamente por el foro.)*

ESCENA VI

Adelaida y *Damián.*

ADEL. ¡Se va! ¡Se va con ella! *(En el colmo de la desesperación.)*

DAM. ¡Don Lorenzo! ¡Don Lorenzo! *(A voz en grito, llamándole.)* ¡Llame usted a su padre!

ADEL. ¡Padre! *(Queriendo gritar y no pudiendo.)* ¡Padre! Se me anuda en la garganta la voz. ¡Padre! *(Haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma y gritando desaforadamente.)* ¡Padre! ¡Padre! ¡Padre!

DAM. Que vayan corriendo. *(Va hacia el foro.)*

ADEL. Y usted, ¿adónde va? *(Corriendo tras él y deteniéndole.)*

DAM. ¿Adónde he de ir? Adonde se intenta cometer un horrendo crimen. Adonde Dios quiere que vaya. *(Procurando desasirse de Adelaida.)*

ADEL. ¿Y qué será de usted?

DAM. Esa es cuenta de Dios.

ADEL. ¡Le matarán a usted!

DAM. Que me maten. ¡No importa! *(Logrando desasirse de Adelaida.)*

ADEL. ¡Damián!

DAM. La conciencia vale más que la vida. *(Vase por el foro.)*

ESCENA VII

Adelaida, don Lorenzo, el Conde y Juanito.

ADEL. ¡Padre! ¡Padre! *(Volviendo al proscenio y gritando como loca. Abrese la ventana del centro del piso principal de la casa, y por ella asoma la cabeza don Lorenzo.)*

LOREN. ¡Adelaida! *(Con susto.)* ¿Tú ahí?

ADEL. ¡Pronto! Baje usted.

LOREN. ¡Y yo de centinela toda la noche a la puerta de tu habitación! *(Con zozobra y enojo. Abrese la ventana de la derecha.)*

ADEL. ¡Baje usted al momento! *(Don Lorenzo desaparece.)*

CONDE ¿Quién grita? *(Asomando la cabeza por la ventana de la derecha. Abrese la ventana de la izquierda.)*

ADEL. ¡Van a matar a Damián!

JUANI. ¡Ea, otro susto! *(Asomando la cabeza por la ventana de la izquierda, tapándose la boca con un pañuelo.)*

ADEL. ¡Van a llevarse a Andrea! ¡Bajen ustedes, por piedad!

CONDE Hay para dar un estallido. *(Desaparece de la ventana.)*

JUANI. ¡Sea todo por Dios! *(Desaparece.)*

ADEL. ¡Irse con ella! ¡Ni imaginarlo quiero! ¡Padre! ¡Conde! ¡Esquivel! *(Gritando.)* ¡Lo he de impedir! ¡A toda costa hay que impedirlo!

CONDE Al punto voy. *(Asomándose a su ventana.)* No hallo el sombrero.

ADEL. Irse con Andrea. No; ¡imposible!

JUANI. Ya bajo. *(Asomándose a su ventana.)* Hace aire. Me estoy poniendo una bufanda. *(Desaparece.)*

ADEL. ¡Irse con ella! ¡Oh! ¡Yo le detendré! *(Corre hacia el foro.)*

LOREN. ¡Adelaida! *(Llamándola al salir por la puerta de la casa. Trae una pistola en la mano.)*

ADEL. ¡Padre! *(Viniendo a su lado.)* ¡Corra usted! ¡Evite usted una desgracia!

LOREN. Pero ¿qué hay? ¡Habla!

ADEL. ¿No lo he dicho ya? Quiroga... Ese hombre que ha de partir con él... Andrea...

CONDE Aquí nos tiene usted. *(Saliendo por la puerta de la casa con una pistola en la mano.)*

JUANI. ¡Me ha dado un tiritón! *(Saliendo por la puerta de la casa con un revólver en la mano.)*

ADEL. Quiere robarla, y matar a su padre, y matar a Damián.

LOREN. ¡Qué hombre, Dios eterno, qué hombre!

CONDE ¡No hay quien pueda con él!

JUANI. Es un aborto del infierno.

ADEL. Vayan ustedes a impedirlo.

LOREN. Sí, ya vamos.

CONDE Al instante.

JUANI. Corriendo.

LOREN. Pero no te quedes tú sola aquí. Luego sabré cómo has salido de tu cuarto.

ADEL. Yo iré con ustedes.

LOREN. De ninguna manera. Entra en casa.

ADEL. ¡Llegarán tarde!

LOREN. Tú nos detienes. Entra. *(Llevándola hacia la puerta de la rasa.)*

ADEL. ¡Qué insufrible agonía! *(Entra en la casa, y un mento después en la habitación en que antes se vió a Quiroga. Queda de pie, apoyada con una mano en la mesita que hay delante de la ventana.)*

LOREN. ¡En buenos tiempos le ha tocado a uno vivir! *(Paseándose por el escenario.)*

CONDE ¡Volvemos al estado de la barbarie! *(Paseándose también.)*

JUANI. ¡Ahí se ve lo que es un hombre sin religión! *(Lo mismo.)*

ADEL. ¡No se van!

LOREN. Y que ese Lucifer intentaba algo contra la chica ya me lo figuraba yo.

CONDE ¡Y yo!

JUANI. ¡Y yo!

ADEL. ¡No se van!

LOREN. Por eso estaba alerta.

CONDE Yo me había echado vestido.
JUANI. Yo estaba rezando. *(Oyense a lo lejos gritos de ira y angustia.)*
LOREN. ¿No oyen ustedes? *(Lleno de temor.)*
JUANI. ¡Qué horror! *(Con acento acrimoso.)*
CONDE ¡Cómo gritan!
ADEL. ¡Y el cielo calla!
LOREN. Señores: se está cometiendo un crimen. *(Como queriendo sacar fuerzas de flaqueza.)* Nosotros debemos hacer algo.
CONDE Sí, señor; la obligación de una persona bien nacida...
JUANI. La caridad exige a veces que uno...
LOREN. Pues, ea, vamos.
CONDE Guíe usted. *(A don Lorenzo, empujándole.)*
JUANI. Ande usted. *(Fingiendo impaciencia y empujando al conde para que vaya delante. Al llegar los tres a la verja del foro óyese dentro un tiro, y los tres vuelven rápidamente al proscenio. Siguen oyéndose gritos a lo lejos.)*
TODOS ¡Oh! *(Dando un grito.)*
LOREN. ¡Se están matando!
CONDE ¡Sabe Dios si ya habrá muerto alguno!
JUANI. ¡Vamos, yo no puedo ver estas cosas! *(Muy acongojado.)*
ADEL. Las fuerzas se me acaban. *(Dejándose caer en una silla y apoyando la cabeza en la mesa.)*
LOREN. ¡Tiemblo por Damián! ¡Son dos contra él!
CONDE ¡Y qué dos!
JUANI. ¡Quiroga! ¡Un ateo!
LOREN. ¡Y el otro!
CONDE ¡El otro! ¡Un bárbaro que ha matado a su madre y a su mujer!
JUANI. ¿Y qué habíamos de hacer nosotros contra ese par de fieras?
LOREN. ¡Capaces serían de acabar también con nosotros!
CONDE ¡Mis pobres hijos!
JUANI. ¡Mi pobre mamá!
LOREN. ¡Adelaida no tiene a nadie más que a mí en el mundo!
CONDE ¡Yo soy un padre de familia!
JUANI. ¡Yo soy un hijo de familia!

LOREN. ¡Yo soy un hombre de bien, y los hombres de bien!...
CONDE ¡Los hombres de bien no debemos cometer imprudencias!
JUANI. ¡Los hombres de bien no debemos hacer locuras!
LOREN. ¡Pero qué iniquidad la de esos impíos!
CONDE ¡Si parece mentira que haya gente con tan mal corazón!
JUANI. ¡Ya las pagarán todas juntas en la otra vida!
LOREN. ¡Caiga la maldición de Dios! *(Damián entra por la verja del foro andando trabajosamente, aunque de prisa, con el brazo izquierdo sin movimiento y caído a lo largo.)*

ESCENA VIII

Dichos y Damián.

DAM. No caiga sobre usted...
LOREN. *(Yendo hacia él.)* ¡Damián!
ADEL. *(Levantándose de pronto.)* ¡Damián!
DAM. *(Dando señales de no poderse tener en pie.)* No caiga sobre usted si vuela a defender la vida de un padre y la honra de una doncella. ¡Oh!
LOREN. ¡Sangre! *(Sosteniéndole.)*
CONDE ¡Sangre! *(Acercándose a Damián. Don Lorenzo,*
JUANI. *el Conde y Juanito, vueltos de espalda a la casa, conducen a Damián al banco que hay a la derecha y le sientan en él.)*
ADEL. ¡El cielo no me quiere ayudar! ¡Ayúdeme el infierno! *(Desaparece de la ventana.)*
LOREN. ¿Qué tiene usted?
CONDE ¿Está usted herido?
DAM. En un hombro... No es nada. Ese anciano, esa niña..., esos inicuos... *(Adelaida sale de la casa y, sin ser vista, vase corriendo por la verja del foro.)*

ESCENA IX

Don Lorenzo, el Conde, Juanito y Damián.

LOREN. Venga usted adentro.
CONDE Sí.
JUANI. Usted necesita...
DAM. ¡Yo no! ¡Ellos! ¡Ellos! Pueden ustedes llegar a tiempo todavía. Andrea es valiente. No la separarán de su padre si no la hacen pedazos. Pero ¿todavía están ustedes aquí?
LOREN. Mire usted, Damián, lo mejor será que nos cuidemos de usted.
DAM. *(Dejándose caer del banco al suelo y poniéndose de rodillas.)* ¿No he dicho ya que de mí no? ¡Por caridad! ¡Por las entrañas de María! ¡Por la sangre del Redentor! Sálvelos usted, don Lorenzo. ¡Míreme usted a sus pies! ¡Se lo ruego llorando!
LOREN. *(Turbado.)* Nosotros íbamos ya a salir cuando usted...
CONDE Sí, señor; pensábamos haber ido allá...
JUANI. ¿Qué más quería usted que hiciésemos?
DAM. ¡Intentan robar una hija a su padre! ¿No lo ha oído usted? ¡Y usted es padre! ¡Y usted tiene una hija!
LOREN. ¡Logrará usted que su herida se haga incurable!
DAM. Habiendo en el mundo hombres como aquellos y como ustedes, ¿qué mejor cosa le puede a uno suceder que morirse?
CONDE Pero—¡qué diablos!—si con ir allá nosotros nada se había de remediar.
JUANI. Y—¡qué demonio!—considere usted que nadie está obligado a exponer temerariamente su vida.
LOREN. Si Quiroga se quiere llevar a la muchacha, no es mía la culpa, y..., en fin, con tal de que ese condenado nos deje en paz, que se la lleve enhorabuena.
DAM. ¡Canalla! ¿Qué osa usted decir? ¡Canalla! ¿Y no tengo aliento para ahogarle a usted entre mis

manos? He visto a los otros amenazar con puñales a un viejo impedido y forcejear con una débil niña. Pues usted me causa más espanto. Usted me parece más infame.

CONDE Han cesado los gritos.

JUANI. *(Va hacia el foro y se asoma a la verja.)* Sí ; nada se oye.

DAM. ¡ Horrible silencio !

LOREN. ¿Se habrán marchado ya?

JUANI. Miren ustedes, miren ustedes ; por allí va el coche, que vuela. *(El conde va hacia el foro.)*

DAM. ¡ Andrea ! *(Como llamándola desesperado.)* ¡ Infeliz ! ¡ Los gavilanes se llevan a la paloma ! *(Llorando.)*

LOREN. ¡ Qué vuelco me ha dado el corazón !

DAM. ¡ Ya está consumado el delito ! ¡ Sobre usted, don Lorenzo, sobre usted la maldición de Dios !

LOREN. *(Como sobrecogido de espanto.)* ¡ Damián !

ANDR. *(Gritando dentro, desde lejos, de modo que sus palabras no lleguen claras a escena.)* ¡ Socorro, don Lorenzo, socorro !

LOREN. *(Yendo hacia el foro.)* Gritan de nuevo.

CONDE Sí.

JUANI. Y parece que se van acercando los gritos.

ANDR. ¡ Socorro ! ¡ Socorro ! ¡ Don Lorenzo !

DAM. ¿Me engañan mis oídos? ¡ No ! *(Con arrebato de alegría.)* ¡ Es Andrea !

LOREN. ¿Andrea?

ANDR. ¡ Socorro ! ¡ Socorro !

DAM. ¡ Sí ! ¡ Cielo divino, ella es !

LOREN. *(Con desabrimiento a Damian, viniendo hacia él y como alegrándose de hallar disculpa para sí mismo.)* Pues ya ve usted que no la han robado ni...

CONDE *(Volviendo al proscenio.)* Bien me figuraba yo que eso de robar a una mujer no queriendo ella ...

JUANI. *(Volviéndose al proscenio también.)* ¡ Toma ! ¿Por qué no me he dado yo prisa a...

DAM. ¡ Jesús mil veces ! *(Dando un grito, como asaltado repentinamente de una idea espantosa, y poniéndose de pie. Queda agarrado con la mano derecha al árbol que tiene junto a sí.)*

LOREN. ¡Eh! ¿Qué le pasa ahora?

DAM. *(Con la mayor ansiedad.)* ¿Y su hija de usted? ¿Dónde está su hija?

LOREN. ¿Dónde ha de estar? ¡En casa!

DAM. ¡Adelaida! ¡Adelaida! *(Llamándola.)* Pero ¿está ahí?

LOREN. ¡Oh! ¿Cómo? *(Dándose cuenta del recelo de Damián.)* ¡Qué idea! ¿Será usted capaz de sospechar?...

DAM. *(Cada vez con más viva angustia.)* Pero ¿está ahí?

LOREN. Me ha dejado usted sin gota de sangre en las venas. ¡Adelaida! *(Llamándola.)* ¡Ha perdido el juicio, y quiere que todos lo perdamos también!

ANDR. *(Ya desde muy cerca.)* ¡Socorro, don Lorenzo, socorro!

LOREN. ¡Pide socorro!

DAM. ¿Para quién?

ANDR. ¡Socorro, que se la llevan!

LOREN. *(Con terrible estupefacción.)* Que se la llevan...

DAM. ¿A quién? *(Casi delirante.)* ¡Adelaida! *(Con voz de trueno.)*

LOREN. ¡Oh! *(Dando un grito espantoso.)* ¡Adelaida! ¡Hija! ¡Hija! *(Llamándola, fuera de sí, y dirigiéndose precipitadamente hacia la escalera.)*

ESCENA ULTIMA

Don Lorenzo, Damián, el Conde, Juanito y Andrea.

ANDR. *(Entrando por el foro despavorida, con el traje en desorden y el pelo caído.)* ¡Socorro, don Lorenzo, socorro!

DAM. ¡Ven aquí! *(Llamándola angustiosamente. Andrea se acerca a él.)*

LOREN. ¡Habla! *(Corriendo hacia Andrea.)*

ANDR. *(Sin poder articular las palabras por el cansancio y las vivas emociones de que está agitada.)* ¡Sí!... ¡Ay!... ¡Me ahogo!... ¡Me muero!...

DAM. *(Enérgicamente.)* ¿Para quién pides socorro?

LOREN. Di.

ANDR. Llegó... Hablaron... Se fueron...
DAM. ¿Quién se va?
LOREN. ¿Quién?
ANDR. Ella... Ella... La señorita...
LOREN. ¡Mi hija! Y vosotros... ¡Infames! ¿Vosotros no lo habéis impedido? ¡Hija! ¡Hija! *(Llamándola como loco.)* ¡El cielo me confunda! *(Cayendo al suelo sin sentido. El conde y Juanito se acercan a él como para prestarle auxilio.)*
DAM. ¡Justicia de Dios!
ANDR. ¡Sálvala, Madre mía de los Dolores! *(Poniéndose de rodillas y juntando las manos en actitud de súplica.)*

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADA

1. *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2. *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3. *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4. *Encarna la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5. *La pluma verde*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
6. *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7. *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.
8. *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9. *Febrerillo el loco*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero
10. *Las canas de Don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11. *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12. *La noche clara*, por Alfonso Hernández-Catá.
13. *La virtud sospechosa* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
14. *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15. *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16. *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17. *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18. *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19. *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20. *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21. *Madame Buterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22. *Colonia de lilas*, por José Fernández del Villar.
23. *La locura de Don Juan*, por Carlos Arniches.
24. *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25. *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26. *Rosa de Madrid*, por Luis Fernández Ardavín.
27. *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28. *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñez Seca.
29. *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30. *La hija de Jorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31. *La galana*, por Pilar Millán Astray.
32. *La malquerida*, por Jacinto Benavente.
33. *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34. *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35. *Vida y dulzura*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
36. *Las lágrimas de la Trini*, por C. Arniches y J. Abati.
37. *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38. *La Prudencia*, por José Fernández del Villar.
39. *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40. *Madame Pepita*, por Gregorio Martínez Sierra.
41. *Don Juan, buena persona*, por S. y J. Alvarez Quintero.
42. *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
43. *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44. *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñez Seca.
45. *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
46. *El bandido de la sierra*, por Luis Fernández Ardavín.
47. *La intrusa*, por Mauricio Maeterlinck.
48. *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49. *Los Leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.
50. *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.

51. *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.

52. *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.

53. *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.

54. *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.

55. *La raza*, por Manuel Linares Rivas.

56. *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.

57. *La noche del sábado* y *Le ley de los hijos* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.

58. *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien* (extra.: 60 cts.), por Jacinto Benavente.

59. *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.

60. *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.

61. *El azar*, por Federico Oliver.

62. *El ilustre huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.

63. *Los hijos del rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.

64. *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.

65. *...Y después?*, por Felipe Sassone.

66. *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.

67. *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.

68. *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.

69. *El último mono*, por Carlos Arniches.

70. *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.

71. *La condesa María*, por J. Ignacio Luca de Tena.

72. *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.

73. *La jaca torda*, por José Mayral.

74. *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.

75. *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.

76. *Poco rosa es un hombre*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.

77. *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.

78. *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).

79. *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.

80. *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.

81. *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.

82. *«En Aragón hi nacío»*, por Arniches y García Marín.

83. *La mala ley* y *Primero, vivir* (extra.: 1 pta.), por M. Linares Rivas.

84. *La hija de la Dolores*, por Luis Fernández Ardavín.

85. *María Fernández*, por Pedro M. Seca y P. P. Fernández.

86. *Todo tu amor*, o *Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.

87. *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.

88. *La mujer que necesito*, por E. Thuillier y S. L. de la Hera.

89. *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.

90. *La cantaora del puerto*, por Luis Fernández Ardavín.

91. *Fuensanta la del cortijo*, por Enrique de Alvear.

92. *Anita la Risueña*, por Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.

93. *La neña*, por Federico Oliver.

94. *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.

95. *Bartolo tiene una flauta*, por Muñoz Seca y P. Fernández.

96. *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.

97. *Doña Desdenes*, por Manuel Linares Rivas.

99. *La propia estimación*, por Jacinto Benavente.

100. *La venganza de la Petra* o *Donde las dan las toman*, por Carlos Arniches.

101. *El doncel romántico*, por Luis Fernández Ardavín.

102. *La buena suerte*, por Pedro Muñoz Seca.
103. *Pimienta*, por José Fernández del Villar.
104. *Amanecer*, por Gregorio Martínez Sierra.
105. *Yo, tú, él... y el otro...* y *Noche de amor*, por Felipe Sassone.
106. *El carro de la alegría*, por A. Valero Martín y E. Carrère.
107. *En cuerpo y alma*, por Manuel Linares Rivas.
108. *El huésped del Sevillano*, por Enrique Reoyo y Juan Ignacio Luca de Tena.
109. *Campo de armiño*, por Jacinto Benavente.
110. *Dios dirá*, por Joaquín y Serafín Alvarez Quintero.
111. *La juerga*, por Federico Oliver.
112. *La novela de Rosario*, por Pedro Muñoz Seca.
113. *Juan de Mañara*, por Manuel y Antonio Machado.
114. *A martillazos*, por Manuel Linares Rivas y E. Méndez de la Torre.
115. *El hijo de Polichinela*, por Jacinto Benavente.
116. *¡Calla, corazón!*, por Felipe Sassone.
117. *Mamá*, por Gregorio Martínez Sierra.
118. *El astrólogo fingido*, por P. Calderón de la Barca.
119. *Las zarzas del camino*, por Manuel Linares Rivas.
120. *La niña de los sueños*, por José María Granada.
121. *La mariposa que voló sobre el mar* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
122. *Flores y Blancaflor*, por Luis Fernández Ardavín.
123. *La virgen del Infierno*, por Alfonso Vidal y Planas.
124. *El señor Adrián el primo* o *Qué malo es ser bueno* (extra.: 1 pta.), por C. Arniches.
125. *Dale un beso a papá*, por Antonio Suárez.
126. *Solera fina*, por J. Abati y J. Fajardo.
127. *El coloso de arcilla*, por Luis Araquistain.
128. *Contra genio, corazón*, por Luis Uriarte.
129. *La Lola* (extra.: 60 cts.). por P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
130. *Paloma*, por Felipe Sassone.
131. *El doctor Frégoli*, por Erzeinoff, versión de «Azorín».
132. *Catalina María Márquez*, por Francisco de Viá.
133. *Un caballero español*, (extra.: 1 pta.), por L. Manzano y M. de Góngora.
134. *Los hijos de trapo*, por Emilio Méndez de la Torre.
135. *El caballero Lobo*, por Manuel Linares Rivas.
136. *La eterna invitada*, por J. I. Luca de Tena y M. de la Cuesta.
137. *Brandy, mucho brandy*, por «Azorín».
138. *El juramento de la Primorosa*, por Pilar Millán Astray.
139. *La muerte del dragón*, por Pedro Muñoz Seca.
140. *La boda de Quinita Flores*, por S. y J. Alvarez Quintero.
141. *Contrabandista valiente*, por Joaquín Dicents (hijo).
142. *No tengo nada que hacer*, por Felipe Sassone.
143. *Los marineros*, por Enrique Suárez de Deza.
144. *Aire de fuera*, por Manuel Linares Rivas.
145. *Sinrazón*, por Ignacio Sánchez Mejías.
146. *La protegida*, por Manuel Pontdevila.
147. *Maitena*, por Etienne Decrept.
148. *Olá Spain*, por «Azorín».
149. *El príncipe de Dinamarca* (versión libérrima de *Hamlet*), por Fernando de la Milla.
150. *La chica del Citroën*, por E. Suárez de Deza.
151. *Como Dios nos hizo*, por Manuel Linares Rivas.
152. *La vida sigue*, por Felipe Sassone.
153. *La tonta del bote*, por Pilar Millán Astray.
154. *Cabrita que tira al monte*, por S. y J. Alvarez Quintero.

155. *Los gorriones del Prado*, por Alfonso Vidal y Planas.

156. *La ilustre fregona*, por Diego San José.

157. *Comedia del arte*, por «Azorín».

158. *Frente a la vida*, por M. Linares Rivas.

159. *Los Cuatro Caminos*, por A. Custedio.

160. *Los salvajes*, por Alberto Ghiraldo.

161. *Los pastores*, por Gregorio Martínez Sierra.

162. *El chico de las Peñuelas*, por C. Arniches.

163. *Martierra*, por A. Hernández-Catá.

164. *El cuarto creciente* y *El señor Sócrates*, por M. Linares Rivas.

165. *Los que no perdonan*, por Eusebio Gorbea.

166. *El Clamor*, por P. Muñoz Seca y «Azorín».

167. *Don Luis Mejía*, por E. Marquina y Hernández-Catá.

168. *¡Sí, señor, se casa la niña!*, por Felipe Sassone.

169. *Te quiero, te adoro*, por E. Suárez de Deza.

170. *El rodeo*, por Luis Araquistain.

171. *Lo invisible*, por «Azorín».

172. *El nido ajeno*, por Jacinto Benavente.

173. *Cándida*, por G. Bernard Shaw.

174. *Tigre Juan*, por Julio de Hoyos.

175. *Gente conocida* y *El hombrecito* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.

176. *Boy*, por Manuel Linares Rivas.

177. *«Parodi y Compañía»*, por Sabatino López.

178. *El fenómeno*, por José L. Mayral y J. Silva Aramburu.

179. *La pícara molinera*, por Asenjo y Torres del Alamo.

180. *Don Juan de Carillana*, por Jacinto Grau.

181. *La Meiga*, por F. Romero y G. F. Shaw.

182. *De la noche a la mañana*, por E. Ugarte Pagés y J. López Rubio.

183. *Pepita Jiménez*, por C. Rivas Cherif.

184. *El Conde de Valmoreda*, por M. Linares Rivas.

185. *El mal que nos hacen*, por Jacinto Benavente.

186. *Las hogueras de San Juan*, por J. I. Luca de Tena.

187. *La estrella de Don Benito*, por J. Téllez Moreno.

188. *La copla andaluza*, por A. Quintero y P. Guillén.

189. *La espuma del champagne*, por M. Linares Rivas.

190. *Las Verónicas*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.

191. *Nobleza baturra*, por Joaquín Dicenta (hijo).

192. *En Flandes se ha puesto el sol*, por E. Marquina.

193. *Hidalgo Hermanos y Compañía*, por Felipe Sassone.

194. *El mismo amor*, por Manuel Linares Rivas.

195. *El marido de la señorita*, por Drégely Gábor.

196. *Ternura*, por Henri Bataille.

197. *Más allá de la muerte*, por Jacinto Benavente.

198. *El hombre que vendió la vergüenza*, por J. R. de la Peña y A. Lapena.

199. *El alcázar de las perlas*, por Francisco Villaespesa.

200. *La ermita, la fuente y el río* (extra.: 1 pta.), por Eduardo Marquina.

201. *Cuando ellas quieren* y *Cada uno a lo suyo*, por Manuel Linares Rivas.

202. *El mundo es un pañuelo*, por S. y J. Alvarez Quintero.

203. *El juicio de Mary Dugan*, por Bayard Veiller.

204. *Los cachorros*, por Jacinto Benavente.

205. *El caballero Varona*, por Jacinto Grau.

206. *El vaticinio o S. S. S.*, por Pedro Muñoz Seca.

207. *Bolívar*, por Francisco Villaespesa.

208. *Camino adelante*, por M. Linares Rivas.

209. *Los hijos del Cid*, por Eduardo Marquina.
210. *La vestal de Occidente*, por Jacinto Benavente.
211. *La gitanilla*, por Diego San José.
212. *El amor no se ríe*, por Felipe Sassone.
213. *Lady Godiva*, por M. Linares Rivas.
214. *Levanta, Magdalena*, por Carlos M. Baena.
215. *La Inmaculada de los Dolores*, por Jacinto Benavente.
216. *El castillo de los Ultrajes*, por P. Muñoz Seca.
217. *Un drama nuevo*, por Manuel Tamayo y Baus.
218. *Porque yo no te quiero*, por Fernando de la Milla.
219. *Pipiola*, por S. y J. Alvarez Quintero.
220. *Lo pasado, o concluido o guardado*, por M. Linares rivas.
221. *La leona de Castilla*, por Francisco Villaespesa.
222. *Juan Sin Tierra*, por Marcelino Domingo.
223. *Los marqueses de Matute*, por Luis F. de Sevilla y Anselmo C. Carreño.
224. *Vidas cruzadas* (extraordinario: 1 pta.), por J. Benavente.
225. *Cuando florezcan los rosales*, por Eduardo Marquina.
226. *Los medios seres*, por Ramón Gómez de la Serna.
227. *Volpone o el zorro*, por Ben Jonson.
228. *La locura de amor*, por M. Tamayo y Baus.
229. *Nido de águilas*, por M. Linares Rivas.
230. *Pequeñeces*, por B. de Mora y J. de Salas.
231. *La hermana San Sulpicio*, por Ernesto León.
232. *La carcajada*, por F. de la Milla.
233. *Por ser con todos leal, ser para todos traidor*, por Jacinto Benavente.
234. *La felicidad de ayer*, por Juan José Llorente.
235. *La alcaldesa de Pastrana*, por Eduardo Marquina.
236. *Las vueltas que da el mundo*, por S. y J. Alvarez Quintero.
237. *Sombras de sueño*, por Miguel de Unamuno.
238. *La entretenida*, por Felipe Sassone.
239. *El buen demonio*, por M. Linares Rivas.
240. *Los que tenemos cincuenta años*, por E. Reoyo y J. Ramos Martín.
241. *Una muchacha de vanguardia*, por J. de Burgos y A. Custodio.
242. *La bola de nieve*, por M. Tamayo y Baus.
243. *Por los pecados del rey*, por Eduardo Marquina.
244. *Una señora*, por Jacinto Benavente.
245. *Roxana (La Cortesana)*, por A. Torres del Alamo y A. Asenjo.
246. *Los amos de Curtidores*, por Eusebio de Gorbea.
247. *La divina ficción*, por Luigi Chiarelli.
248. *La silla número trece*, por Bayard Veiller.
249. *El jockey*, por J. Conty y G. Vissant.
250. *El poema de los ojos*, por Salvador Rueda.
251. *Judá, Ben-Hur*, por E. Thuillier y J. L. de la Hera.
252. *El oro del diablo*, por L. Navarro y J. M. Pérez-Moris.
253. *Los príncipes caídos*, por Marcelino Domingo.
254. *La cizaña*, por Linares Rivas.
255. *El lobo*, por Joaquín Dicenta.
256. *Los amantes de Teruel*, por Juan E. Hartzenbusch.
257. *Aben-Humeya*, por Francisco Villaespesa.
258. *La Dolores*, por José Feliú y Codina.
259. *Lo positivo*, por Manuel Tamayo y Baus.
260. *El trovador*, por A. García Gutiérrez.
261. *El señor feudal*, por Joaquín Dicenta.
262. *El rey Galaor*, por Francisco Villaespesa.

PCM